

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sin el permiso previo, del autor, único titular de este copyright.

Emmanuel Lucas Marzia, MADRESELVA
Primera edición: Enero 2017 - Madrid
Segunda edición: Noviembre 2020 - Madrid
Tercera edición: Marzo 2025 - Valencia.

Registro de propiedad intelectual: M-000125/2017
ISBN:9798281727280
Sello: Independently published

emanuelmarziadonadio@gmail.com
Instagram: [@emmanuelmarzia](https://www.instagram.com/emmanuelmarzia)
www.linktr.ee/emmanuelmarzia

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Cap. I	15
Cap. II	17
Cap. III	21
Cap. IV	25
Cap. V	32
Cap. VI	34
Cap. VII	42
Cap. VIII	52
Cap. IX	58
Cap. X	65
Cap. XI	70
Cap. XII	74

SEGUNDA PARTE

Cap. I	79
Cap. II	85
Cap. III	90
Cap. IV	96
Cap. V	100
Cap. VI	106
Cap. VII	110
Cap. VIII	115
Cap. IX	121
Cap. X	133
Cap. XI	141
Cap. XII	146
Cap. XIII	154
Cap. XIV	160
Cap. XV	164
Cap. XVI	169
Cap. XVI	172

PRÓLOGO

Querido lector/a:

Este objeto que tiene en sus manos es un libro autopublicado. ¿Esto quiere decir que el autor escribió el texto durante dos o tres semanas, lo pasó por ChatGTP y luego lo mandó a imprimir? No, para nada. Madreselva pasó por un proceso similar al que pasa un libro publicado por una editorial seria: edición, corrección de estilo y ortotipográfica, maquetación, diseño de portadas, registro de propiedad intelectual, ISBN. Durante dos años trabajé esta novela en distintos talleres y clínicas de escritura y con el corrector y escritor José David Jimeno que me ayudó inmensamente. Me hice preguntas, borré escenas, mejoré personajes, embellecí frases, descarté otras, me arrepentí, descarté nuevamente. Intento defender la autopublicación, no como un espacio residual para artistas

vagos o sin aspiraciones, sino como un mecanismo de producción favorable en términos económicos al creador de la obra. Otra razón para autopublicar este libro, es que me urge la necesidad de que mis coterráneos y mis conciudadanos españoles lo lean, analicen, ignoren o dejen para nivelar una mesita (los tiempos de las editoriales se parecen a los tiempos de tránsito del planeta Saturno).

En Madrid, mis libros ya tuvieron decenas de lectores, aunque no a través del sistema tradicional de venta en librerías, sino a través de la venta ambulante que hice en bares y cafés durante dos años. “Buenas tardes... ¿le dejo mi libro para echarle un vistazo?”, y así, mesita por mesita, le dejaba, al que tenía ganas, una copia de prueba. La última vez que hice la cuenta, llegué a la conclusión de que abordaba a un promedio de cien personas por tarde, o sea, mil doscientas en un mes, treinta mil en dos años. En total, dos mil seiscientas personas compraron mi novela *Madreselva*. Un promedio de un lector/mecenas cada once personas. Nada mal. Hubo más aliento que insultos, más apoyo que rechazo, la misma cantidad de educación que de ignorancia. Todo un estudio sociológico sobre el comportamiento de occidentales blancos de países desarrollados. A muchos de ellos les recuerdo y agradezco siempre por haberme dado la posibilidad de vivir de la literatura, o lo que concierne a la

misma, durante ese período. Sí, ya sé lo que está pensando. Estamos ahora mismo en Argentina o en la España, pospandemia, pos aumento de todo, ¿usted seguirá haciendo este sistema de venta? Bueno, se verá... Depende. Tal vez mi yo del futuro le haya entregado este libro en mano hace apenas uno o dos minutos en el parque del Retiro o en el Turia en Valencia, o tal vez lo agarró de un estante de alguna de las distinguidas librerías argentinas o españolas que me permiten este experimento. Lo importante es que, sea cual fuere la distribución, al autopublicar, el que hace el mayor esfuerzo, el que no deja de escribir ni en vacaciones, el que se sienta una y otra vez contra su voluntad, con sus boicots, sus fantasmas e ilusiones, a inventar, imaginar, asociar y estructurar una historia, bueno ese, se lleva el mayor beneficio económico. ¡Qué igual siempre es poco, joder! No se imaginen que con esto al cabo de unos pocos años me convertiré en Carmen Mola o Stephen King. La ecuación es simple: ¿cuántas novelas de autores hispanohablantes vivos ha leído en un año? ¿Cuántas películas o series, en cambio? Siempre es poca la porción literaria. Somos demasiados autores compitiendo con escritores que están “activos” hace cincuenta, cien o doscientos años. De esto hablo en mi novela Terrazas, pero ese es otro tema. No me quiero desviar de este prólogo que nunca debió ser prólogo.

Volviendo al tema del dinero, o la biyuya, la tarasca, la pasta, la lana, los duros, la marmaja, o como me gustaba llamarla últimamente: la inmaculada. Antes intentaba desentenderme de ella, me ofendía si alguien la mencionaba en una conversación literaria y renegaba incluso de su verbalización. Ahora le pido perdón. Perdón, honorable metal. El lumpenaje urbano al que me sometió aquel meteorito de romanticismo posmoderno, de mi postadolescencia, terminó por asfixiarme. Tener platita siempre es algo necesario. Para pensar, crear, estar tranquilo, pagar cuentas y alquileres, para no deber nada. Para dormir de corrido o comprar cosas inútiles por internet de las que luego uno se quiere deshacer en una mudanza. Para seguir siendo pobre, pero con dignidad. Gracias por eso. A usted. Por el dinero que acaba de invertir en mi libro, (ah, ¿no lo hizo?). Hágalo ya mismo, por favor.

Gracias también por confiar en la ficción y la lectura en un mundo de hiperrealidad, hiperegocentrismo, hiperconectividad desconectada. Donde siento, seguro me equivoco, que escribir algo por fuera de la literatura del yo, de lo autobiográfico o de lo panfletario, es contracultural, y donde nos hemos convertido en los protagonistas de nuestro propio Truman Show. Bueno, me fui a la mierda... No me haga caso. No es tan así. Tranquilo. Tranquila. Simplemente, creo que una

buena historia debería aspirar a tocarle al lector una fibra, incomodarlo, hacerlo reflexionar o volar alto. Y en ese vuelo rezar para que se traiga cosas. Pensamientos, imágenes, recuerdos, experiencias, cavilaciones. Espero que este sea uno de esos casos. Por el bien de mis próximos no nacidos libros. Por el bien de mi economía-poslumpenismo.

Para concluir, debe estar ya harto o harta de leer esta especie de peaje en la autopista del placer, quiero agradecer a María Constanza Curi (@conicuri) que me hizo la portada alucinante que ilustra esta edición argentina del libro y como siempre a José David Jimeno por apoyarme en mis emprendimientos literarios.

Le dejo mis redes sociales en la contraportada para que me escriba, me insulte, me pregunte, me RECOMIENDE y, sobre todo, me COMPRE el próximo libro. Le pido por favor que, de gustarle, lo comparta con vehemencia a través de todos los medios posibles. Especialmente Twitter e Instagram, aunque no tengo Twitter ni quiero tener. Pero sí, Instagram y en un futuro espero ahondar en la criptoliteratura, (¿qué m... es eso?)

En fin, le espera un viaje por momentos turbulento o incómodo, agradable o aburrido, quién sabe... No escribí esto para hablarle de mis relatos. Se supone que deberían hablar por sí mismos y luego crecer dentro suyo como enredaderas. Si

así sucediese, comuníquemelo de inmediato, para que mi potencial yo, de ese potencial futuro, un subjuntivo condicional compuesto indefinido, irresoluto, pueda enterarse de que habrá cumplido su tarea.

Con afectación.

Emmanuel Marzía Donadío

Instagram: @emmanuelmarzia

www.linktr.ee/emmanuelmarzia

PRIMERA PARTE

El McDonald's del puerto está a reventar. Familias enteras llenan el lugar, hablando a gritos mientras devoran hamburguesas grasientas. Ya han recorrido las islas, paseado en barco y disfrutado del parque de diversiones. Es el momento del fast-food y de acostarse temprano.

En este mismo lugar, en cuestión de minutos, se darán cita los tres protagonistas de esta novela: Brando, Marcelo y Cloe. Sin embargo, ninguno sabe si sus vidas seguirán como hasta ahora, o si seguirán en absoluto. ¿Volverá Marcelo a la cárcel? ¿Logrará Brando salirse con la suya? ¿Podrá Cloe recuperar su identidad?

Ella espera en la terraza que da a la avenida. Deambula, se muerde las uñas, no sabe qué hacer con su cuerpo. Hace un calor sofocante, pero prefiere estar afuera; odia el aire acondicionado. Además,

necesita ser vista. El teléfono ya no tiene batería, y no está segura de que el encuentro se llevará a cabo. Ahora, ¿cómo se espera en una situación como esta? ¿Fumando con torpeza o contando los minutos en silencio? ¿Llamando a la policía o confiando en que Ayelén cumpla su promesa?

Pero, ¿y si Marcelo quiere hacerle daño? ¿Y si todas esas cartas no son más que una ficción? En realidad, querido lector, la verdadera pregunta es: ¿quién es realmente Brando, que quiere el tal Marcelo y QUIÉN FUE LA TURKA?

Su vida era rutinaria y predecible. Se levantaba a las siete, desayunaba un café con leche con dos panes y se iba a la oficina. Cumplía con la jornada, tomaba una cerveza en el furgón del tren, se dormía mirando televisión. Eso era todo cuanto tenía y no había más. Con poco más de treinta y dos años, solo había conocido el amor financiado. No tenía amigos, ni conocidos con quién salir el fin de semana, y se sabía el tipo más desgraciado de Caraguatá. Hasta que un verano, en la playa de Valizas, en Uruguay, conoció a la Turka. Le empezó a ir mejor en el trabajo y retomó poco a poco la relación con su padre. Si hasta decían que su voz sonaba menos apagada. En otras palabras, dejó de estar muerto. Pero apareció Marcelo y todo se arruinó, y una vez más, volvió a ponerse el traje de desgraciado.

La última mañana que viajó a la oficina, el siete de febrero del 2004 se sobresaltó cuando el tren se detuvo. Se había quedado dormido y lo primero que hizo, al despertarse, fue tantear su bolso. Estaba allí, nadie se lo había robado. Miró alrededor y notó que algunos pasajeros sacaban las cabecitas hacia afuera. Se arrimó a la ventanilla y vio un cadáver en el terraplén. Una señora de unos sesenta años, que por alguna razón, todavía llevaba la bolsa de la compra en el brazo. “¿Qué más da?”, pensó. “Muerto más, muerto menos, voy a llegar tarde lo mismo” y metió la cabeza dentro. Recordó la frase de su padre: A los chorros hay que cortarles las manos como en China y no roban más. Si siguen jodiendo, les cortás otra parte del cuerpo hasta que les quede únicamente la cabeza. “Un insensible, un tarado, una bestia”, pensaba Brando cuando el viejo decía estas cosas. Pero a veces tenía razón... Con la Turka, acertó. Aquello había sido una bala premonitoria que nunca había llegado a impactar en el pecho de su hijo.

Respiró hondo y se asomó nuevamente por la ventanilla. Observó el cadáver, que ahora estaba siendo cubierto con una bolsa de residuos, esperando que le diera alguna respuesta. ¿Qué debía hacer?, ¿bajarse y tomarse tres colectivos?, ¿o buscar el auto y quedarse atascado con el tráfico de la Panamericana?

Decidió esperar unos minutos. Al poco tiempo comunicaron por altavoces la reanudación del servicio. Media hora después llegó a Polígono 32, en el límite entre el campo y el área metropolitana de Buenos Aires.

Cruzó con buen paso por debajo del túnel de la autopista y después de atravesar la avenida, llegó finalmente a la sede de Galmex, la empresa de cosméticos para la que trabajaba. Estaba seguro de que no creerían la razón de la demora, tantas veces que la había usado como excusa, así que fingió un gesto de dolor en el estómago, y atravesó el hall que distribuía los boxes. Nadie lo saludó ni le dijo nada, pero todos dejaron de tipear un segundo. Un silencio pesado se distribuyó aromáticamente. A los pocos segundos los ciento veinte kilos de Rubén Sniffer aparecieron por detrás de la espalda, escupiendo el rancio aliento de la mañana del lunes.

—¿Tenés dos minutos, Brando? —y le puso su mano pesada en el hombro para inspirar confianza.

—Si es por la llegada tarde, te cuento que estuve vomitando hasta recién.

—No me digás... Mirá, pensé que habían matado a alguien en el tren o que los sindicalistas habían cortado la autopista.

—Bueno... hay algo de eso también —respondió Brando intentando enderezar su discurso—.

Tiraron a una persona cuando venía para acá y salió demorado.

—¿Ah sí? —ironizó Sniffer y levantó sus tupidas cejas judías—. En Sudacalandia todavía tenemos trenes con puertas manuales, lamentablemente. Comprate un auto, mudate más cerca, vení en taxi, qué sé yo. Acá labu ran pibes de todas partes de Buenos Aires y llegan todos temprano, ¿cómo hacen?

—Es la última, te lo juro.

—¿Sabés? No te entiendo, Brando... Hace meses que no levantás las ventas, cada dos por tres te pedís el día para hacer trámites en el centro, llegás tarde, me inventás historias pelotudas... ¿Qué te pasó?

La Turka, quiso decirle. Pero contestó cualquier otra estupidez. A los pocos minutos estaba firmando recibos y recogiendo sus pertenencias.

Ocho años, noventa y seis meses, dos mil días. Administrativo, vendedor, desempleado. Sintió alivio cuando Sniffer lo despidió y no tuvo que agachar la cabeza como en otros tiempos. “Nunca más levantarme temprano y soportar nueve horas de encierro para intentar vender esos cosméticos de mierda. Nunca más viajar en ese tren de la muerte. Ahora tengo todo el tiempo del mundo para dedicarme a ella”.

Solo tenía que buscar un buen abogado para hacerle un juicio a la empresa y poder vivir tranquilo unos meses. ¿Pero dónde y a quién? La justicia, con sus tiempos seniles, no le serviría. Tendría que recurrir a su padre, el comisario de Caraguatá. Si algo hacía bien Gonnella era sacarlo de los problemas en los que se metía. Y esta era otra buena ocasión para ponerlo a prueba.

Ese domingo caminó pensativo las silenciosas y arboladas calles que separaban su casa de la de su padre. Se había criado en esas mismas veredas de Caraguatá, entre señoras tomando mate en la puerta y pibes jugando a la pelota en los descampados. Cada vereda con colores y texturas distintas, colocadas por sus dueños donde hasta hace no mucho había solo tierra y gusanos. Nunca habían vivido en otro barrio ni le interesaba. Era barato, más seguro que el resto de la provincia, y tenía buen acceso a Capital. No había por qué cambiar.

Cuando tocó el timbre en el caserón, lo recibió Antonia, la empleada doméstica, una chica de rasgos aindiados que lo saludó y lo acompañó hasta el amplio comedor, entre pinturas barrocas y estantes repletos de botellas de alcohol donde esperaba el comisario leyendo. Este, al verlo, dejó el diario y le habló sin anestesia.

—¿No te lo dije? —hizo una pausa larga.

—¿Qué cosa?

—Que si seguías haciendo boludeces te iban a rajar.

Brando no contestó.

—Y que ese Marcelo es un mala leche también te lo dije, ¿no?

—Sí —contestó.

—De la Turka también te advertí, ¿no?

Silencio.

—¿Sí o no? —insiste, y se pone de pie.

—Sí, viejo...

—Listo... Yo para quedarme tranquilo. Para no sentirme un pelotudo.

Rubén Aldo Gonnella. Una persona que maneja los asuntos laborales y personales de la misma manera. Se recibe, se coordina, se ejecuta, se despacha. Cuando su mujer lo dejó, fue igual. Se divorcia, se le prohíbe ver al chico y se sigue adelante. Aquí no pasó nada.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a poner a estudiar?

Brando siempre fue de naturaleza melancólica, como su madre. Primero siente y después, si puede, se expresa. Él es débil, mientras que Gonnella es fuerte. Por eso cuando le habla, suele dejar un acceso directo que lo lleva a otros lugares en su mente. A Valizas, por ejemplo, a la playa donde conoció a la Turka y sus venas eyacularon átomos.

—¿Por qué no te venís a laburar conmigo? Te meto de administrativo en la comisaría. No hacen un carajo y ganan buena guita. Dale, pensalo... Y sentate que ya está la comida.

Ahora observa su cara cuadrada de cejas espesas y negras que alcanzan la frente. Imaginaba a su padre como un inmenso bosque uruguayo.

—Yo lo pienso. Pero necesito que me des una mano para hacerle un juicio al gordo. Quiero

sacarle algo de guita a la ballena esa.

—Ballena o no, te lo merecías...

—¿Pero qué decís?.. Me tenía en negro vendiendo unas cremas que no le interesaban a nadie.

—Era trabajo, Brando... No todos podemos ser dueños de una empresa o gambetear como Maradona. Algunos tenemos que laburar, ¿no te parece?.. Pensalo, dale... Y vamos afuera que ya está la comida.

Antonia les llevó una botella de Campari y una bandeja humeante de empanadas que dejó en la mesa sin hacer comentarios. El comisario agarró una, le dio un leve mordisco en la punta, y la sopló para enfriarla. Por un momento se conectó con el sabor de la empanada. Carne cortada a cuchillo, pedacitos de aceitunas, ligero sabor a ajo.

—¿Tenés alguien que pueda salir de testigo o hay que inventarlo?

—Tengo. El pibe que hacía los mandados lo odiaba al igual que yo.

—Bien... ¿Estaba en negro también?

—Sí.

—Bien... —repitió el comisario y sacó una tarjeta de su billetera— Llamá a este abogado que tiene el despacho en el centro. Se llama Buñasky. Es judío pero de confianza... Decile que vas de parte mía, que después arregle con la comisaría. Y comé, por Dios, que se enfrían las empanadas.

Se despidió de Gonnella, se subió al Fiat y condujo rodeando los campos inundados al costado de la autopista. En aquella parte de la provincia, en donde las pocas casas desperdigadas reflejaban luces de televisores aburridos, el silencio era la incomodidad del paisaje.

En su estéreo sonaba Amor Amarillo, el disco que había escuchado con la Turka aquella tarde nublada en la cabaña de Valizas. Los lunares en sus piernas, la piel de algodón y los voyeuristas médanos que fundían su cuerpo con la arena, iban pasando por el parabrisas como el negativo de una película.

Anduvo un buen rato en dirección al norte, a la zona turkeana, la de los chalets y garitas de seguridad en las esquinas, dio algunas vueltas alrededor de la casa de los padres de la Turka y finalmente

estacionó el auto justo enfrente. Reclinó el asiento y se encendió un cigarrillo. ¿Cuántas noches en soledad esperando que apareciera? El garitero iluminándolo de tanto en tanto, sacar el cuaderno, tachar y volver a escribir, armarse otro cigarro, observar los faroles anaranjados...

Pero desde hacía unos meses, nada. Solamente aquella carta bajo la puerta, que decía que la ruptura era inevitable, y el teléfono siempre ocupado, los Manzur que no sabían nada, el agujero en el pecho que empezaba a agrandarse. Sacó su viejo cuaderno de notas y se puso a reflexionar.

Necesito volver a Valizas, la fuente de todo... Sentir que eso que viví y se esfumó como la pólvora de un disparo existió, fue real. No puedo construir el futuro sin tener bien diagramado el pasado. Si dejo pasar el tiempo, la misma espuma del océano ya habrá borrado toda huella de su paso por mi vida.

Al otro día, sin dudarlo demasiado, se armó un bolso y se subió al auto rumbo a Valizas. Algo le decía que tenía que volver allí, al balneario perdido de la costa de Rocha donde todo había comenzado hacía dos años. Esa playa con su arroyo de agua dulce y los médanos derretidos a la hora de la siesta, eran el recuerdo más real que tenía de la Turka.

Esperó a que amaneciera y partió con un

bolso y algunos dólares en el auto. Cuatro horas después, cruzó la frontera y ya en tierras orientales, encendió un porro, satisfecho por la decisión que había tomado. Sintió nuevamente esa adrenalina, aquel impulso que le había dado la Turka y que tan rápido se había esfumado. Estaba de nuevo en la ruta; Back Again in Valizas.

Estacionó a pocos metros del diminuto centro y caminó hacia el hospedaje donde se habían quedado aquel verano. Valizas International Hostel se llamaba ahora y a pesar de que lo habían pintado con la bandera de la diversidad sexual, seguía cómo lo recordaba. Un humilde hostel con un patio español en el medio y unas escaleras de madera que llevaban a las distintas habitaciones, donde la Turka bajaba todas las noches con el pelo mojado, después de la ducha.

—¡Qué bueno verte otro año, bo —Rodrigo, el gaucho con ortodoncia le dio un abrazo que alcanzaba para dos personas—. ¿Y la Turka?

Brando lo miró y quiso darle una trompada. Después quiso pedirle disculpas. Luego simplemente quiso no decir nada. Lo que el gaucho vio fue el rictus amargo que le ensombreció la mirada.

—En casa... Dame la más barata. Te pago una semana por adelantado.

El tipo, sin hacer comentario, lo acompañó hasta una de las habitaciones de la primera planta.

Un pequeño cuarto de madera con dos camas sin ventilador ni aire acondicionado, idéntico al que se había alojado el verano anterior.

Abrió la ventana para ventilar la pestilencia que habían dejado los últimos turistas, se cambió de ropa, y se echó a descansar un rato. Dormitó durante unos minutos pero el calor era tan intenso que al poco tiempo desistió. Hacía no menos de cuarenta grados y no corría ni una gota de aire marítimo.

Bajó al patio, compró unas cervezas y se sentó a la sombra de la parra. Ni rastros de La Turka, ni de Marcelo, ni de nadie que los hubiera visto. Solo una pareja de jubiladas que hacían la digestión con mandarinas y lo miraban de tanto en tanto.

Esperó a que bajara el sol y caminó por la playa en dirección al Cabo Polonio. El decorado de la película seguía allí esperando, como si nadie se hubiese atrevido a modificarlo hasta su regreso: los bares de pescadores frente al mar, la potente brisa que entraba por el callejón de arena y le refrescaba las ideas, la arena finita y el agua fría y amarronada.

Después de algunos minutos encontró la zona de los médanos. El lugar donde la había visto por primera vez, desnuda frente al mar, los brazos abiertos recibiendo la energía del viento. Unas piernas cordilleranas, el suave cuero oscuro y ca-

deras anchas para traer muchos niños. Una potra resplandeciente de juventud relinchando frente al océano. Aquella tarde del verano anterior, se había escondido detrás de un médano para observarla y no había dudado en sacarse la ropa y empezar a masturbarse. Su corazón galopaba al ritmo del viento y la sangre bullía en su cabeza cuando ella se puso a estirar sus músculos en la orilla. Era la imagen vívida de sus poluciones nocturnas. Los pechos grandes y armónicos, los muslos fuertes y bronceados, las nalgas impolutas de la chica de sus soledades.

Quiso poseerla. No sabía cómo ni cuándo, pero tardó tanto en decidirse que la Turka se anticipó. Aquél cuerpo en la orilla de repente fue un paso firme hacia el médano. Una sombra que se empezó a hacer cada vez más grande y le tapaba el sol con su figura.

—¿Te pensás que me asustan los tipos como vos? —su cara a pocos centímetros de distancia era aún más armónica que su cuerpo—. Hablá... ¿o solo sabés hacerte la paja?

Él, nada. Se hizo el dormido y con sospechosa impunidad continuó en posición fetal, la boca respirando arena. Ella lo observó unos instantes. Tal vez fueron sus hombros anchos, tal vez la necesidad, tal vez el destino, tal vez el verano y la soledad, hicieron que se le confundan las cosas.

Se puso en cuclillas sobre la arena, completamente desnuda como estaba, y dejó que la situación la convenciera. Sacó tabaco de una bolsita y se puso a armar un cigarrillo sin que le temblaran los dedos. Luego le preguntó el nombre.

—¿Brandon, como el actor?

—Pero sin la ene final. —Sus primeras palabras salieron arrastradas, cobardes, dudosas.

—Me gusta, te queda bien... Y decime... ¿esto lo hacés con todas o empezaste conmigo? —y le dio las primeras pitadas observando cómo el humo se esfumaba rápidamente con el viento.

Hubo pausas, hubo silencios, hubo mucha arena molestando los ojos. Hablaron de sus viajes, la Turka regresaba de Perú y no volvía a su casa hacía un año, del Cabo Polonio, de dónde comer bueno y barato, y el resto de temas inevitables por los que siempre se pasa en una conversación entre viajeros. Después, de la nada, ella le preguntó por qué se comportaba como un imbécil. Él no contestó. Odiaba esa palabra y no era la primera vez que se la decían. Se quedó callado haciendo dibujos en la arena, con dedos que marcaban la tierra y pretendían exiliarse. Ella se cansó y dio por terminada la situación.

—¿Sabías que el cerebro de ustedes todavía funciona como el de un simio? Ven partes de cuerpos en lugar de personas. Dos tetas, un culo,

una concha, piernas... No hay nada de especial en mi cuerpo. Tengo estrías, me empieza a salir panza, cago y meo como vos...

Se puso de pie delante suyo con la pelvis a nada de su nariz. —Tocame y vas a ver... Dale tocame... Prefiero que empieces ahora y te saques el tema de la cabeza cuanto antes... Hasta que no te vacíes no vamos a poder comunicarnos.

*Hasta que no te vacíes no vamos
a poder comunicarnos.*

*Hasta que no te vacíes no vamos
a poder comunicarnos.*

*Hasta que no te vacíes no vamos
a poder comunicarnos.*

Ese verano tuvieron sexo en cada médano, en cada callejón, en cada hamaca del hostel. A la mañana, al atardecer, a la noche. Y no habían parado de comunicarse. Hablar, hablar y hablar hasta que caían rendidos. Bueno... ella hablaba, él escuchaba. Filosofía estoica, teorías hippy-conspirativas, budismo, veganismo. Todo le enseñaba la Turka, todo lo había revolucionado: las sábanas, la orilla del mar, sus ideas, los linfocitos y leucocitos.

Notó que estaba oscureciendo. La bocanada de recuerdos lo dejaba extenuado, así que emprendió el regreso bordeando la orilla y regresó al hostel cuando ya empezaban a encenderse las luces del pueblo. Subió a su habitación, se quitó la ropa y se metió en la cama. Al poco tiempo se quedó dormido. Y la rueda del destino se puso en marcha. A partir de ese momento nunca supo cuándo había estado despierto y cuándo soñaba. Una persona muy bajita, muy parecida a la Turka, pero más chica y más gordita, apareció tras las cortinas del cuarto.

—¿Quién sos? —ella no respondió—. ¿Una turista?, ¿estaba robando?, ¿era una copia de la Turka? Se incorporó en la cama y trató de aclarar la vista.

—Atendé desgraciado, es por la Turka—, dice la criatura y le muestra un teléfono—. Te está

llamando hace horas...

Tsunami de sensaciones. Se baja de la cama e intenta agarrarlo pero se le cae. Y la copia de la Turka se escapa. Se viste y baja corriendo las escaleras pero no encuentra a nadie. Busca por todas partes, en la parrilla, el patio, la recepción, corre hasta la playa, pero nada. Ni una luz encendida, ni un fogón en la orilla. ¿Dónde están todos? Corre con todas sus fuerzas, como un perro asustado a la vista de la luna oculta sobre una nube. Corre hasta los médanos, hasta el arroyo y hasta que ya no reconoce el camino. Se cansa y se da cuenta que quizás esté soñando y todo pueda ser parte de lo mismo. Hienas que se arrastran nerviosas por los recovecos del alma. Recuerda que en la plaza hay un teléfono público y vuelve al galope hasta allá, pone una moneda y marca el número de Gonnella. Llama pero no atiende. Vuelve a llamar y tampoco. Prueba una tercera vez y ahora sí atiende. Le dice que tiene algo importante y se lo dice de la peor manera: la Turka está muerta.

El catorce de febrero de 2004 en la localidad de Aguas Dulces, la policía uruguaya certifica que el cuerpo encontrado al costado de la ruta, es el de mi amor, Natalia Manzur, alias la Turka. Veinticuatro años, sexo femenino, argentina de origen sefardí. Su acompañante, Marcelo Da Silva, treinta años, sexo masculino, nacionalidad brasilera, de origen mono negro de la selva. A él no le pasó nada. Dejamos constancia que está más adaptado físicamente que la bella Turka. Un cortecito en la cabeza, un poco de confusión mental y dos días después, firme junto al ataúd, sintiéndose el dueño de la fiesta. El novio, el padre, el compañero, el amante, se escucha musitar a los invitados. Más bien el culpable, diría... El ignorante y hedónico bastardo sin códigos.

Al contrario de lo que se podía esperar, la muerte de la Turka, el velorio, el entierro, la misa, fueron algo positivo para Brando. Sumamente positivo. Poder volver a verla, aún con el cuerpo tieso y frío y el maquillaje cadavérico, fue algo grato y pacificante. Aquella tarde de calurosa en el cementerio de la Chacarita pudo comprobar que aquellos meses de romance no habían sido parte de un sueño. Habían estado allí, habían existido, eran reales.

Se vistió como le gustaba a ella, traje oscuro y zapatos en punta, bien lustrados, el pelo prolijo, la barba afeitada, ni una arruga en la camisa. Subió las escaleras y el salón, repleto de invitados, le pareció más el de una fiesta de casamiento que el de un funeral. Todos arregladitos, bien vestidos, bebiendo café mientras hablaban de cualquier otra cosa. Nadie faltaba. Los compañeros de viajes, los de gimnasia, sus excompañeros de trabajo, todos los Manzur, casi ningún Da Silva.

Esperó casi hasta medianoche a que Marcelo dejara de custodiar el ataúd y saliera a fumar para acercarse a despedirla. Flora, la madre del brasilero, le hizo una seña sutil para que avanzara, y Brando le agradeció con un gesto. Veinte pasos contó desde la esquina donde esperaba hasta el cuerpo sin vida de la Turka. El lugar de pronto se vio atravesado por un pitido similar al de las pruebas auditivas y

las voces de los invitados reverberaron en su cabeza. Que no quedó claro si tenía el cinturón o no, que siempre pasa lo mismo en este país, que era muy joven, que por qué a la gente buena le pasan estas cosas. “Sí, está bien, fue una desgracia... Pero al menos está acá... Su pelo es el mismo, sus lunares también, sus radiantes ojos parecen todavía mirarme...”, y acercó la mano a su pecho, y le dedicó unas palabras en silencio, que nada tuvieron de despedida.

Luego dejó el ataúd y se volvió a los Manzur. Parecían estatuas de bronce, impávidos pero firmes, conservaban la elegancia y la entereza, a pesar de que sus rostros mostraban lo contrario. “Almas viejas. No les atraviesa el dolor como a los demás...”.

Esperó algunas semanas y finalmente se decidió a llamarlos. Necesitaba volver a entrar en esa casa. Sentirse parte de algo, terminar de certificar que aquello con la Turka había sucedido y era verídico. Una necesaria búsqueda interior que le permitiera ordenar un poco su pasado. Y sobre todo conocer a su hija. Hacía meses que no pensaba en otra cosa.

¿Cómo es posible que en tan poco tiempo haya tenido una hija con ese monstruo? Unos meses de placer, viajesitos de acá para allá, ¿y de pronto

son el uno para el otro? ¿Dónde quedó aquello de quiero que seas el único en mi vida?, ¿dónde quedó Valizas, nuestras noches en el río, el teatro de los domingos por la noche? «Cada acto tiene sus consecuencias», dice Gonnella, ¿pero Cloe?... ¿cómo reaccionará cuando me vea?, ¿se asustará o se pondrá contenta?, ¿me reconocerá?

Un domingo al mediodía, todavía con restos de neblina del río en las calles, pudo pararse frente a la puerta de la casa de la Turka y tocar el timbre. A los pocos segundos lo recibió Ana, algo avejentada. Atravesaron el patio de entrada, mientras Roberto esperaba como un mástil en la puerta del chalet. Se saludaron cordialmente, sin demasiadas demostraciones de afecto, y entraron. Dentro, todo estaba tal cual lo había visto por última vez. La pintura flamenca del perro, la mesa de algarrobo llena de candelabros, el largo sillón verde frente al televisor, el mismo en el que veían películas con la Turka hasta que ella se quedaba dormida. La diferencia era que ahora, en la mesita que estaba a los pies del sofá, no estaban sus pies cubiertos por la manta blanca, sino que había un mate, una bandeja con medallunas y decenas de álbumes de fotos.

—Las estábamos viendo justo antes de que llegaras —Ana le acercó una taza de café y lo invitó a sentarse—. Esta es de cuando la habíamos llevado

a un programa en Canal 13. Me acuerdo que llegaba del colegio y ponía el casete de Chiquititas toda la tarde. Se sabía todas las canciones, todas las coreografías, los diálogos de la película. Podría haber seguido una carrera como actriz, ¿no? Mi mamá era bailarina, estoy segura de que heredó de ahí el talento.

Ana tiene los dientes amarillos por el exceso de café y una sonrisa prefabricada. Empezó a contar la mis ma anécdota todos los domingos y aunque suele trastocar algunos detalles, nunca se olvida del detalle de que la mamá era bailarina. Roberto solo, la cabeza en otro lado, un poco en la tele, un poco vigilando quien pasaba por la puerta de su casa, el vaso cerca de la botella de cognac. Un pesado bote amarrado a la orilla de los recuerdos.

—¿Te acordás cuando casi se cae del muelle, viejo? No sé si reírme o llorar... Nati le llevaba el balde con las mojarritas y ella se dedicaba a encarnar las lombrices. Tenía una manía con esos bichos, le encantaba apretarlos y jugar con la sangre. A mí me daba impresión, naturalmente, pero ella no se movía del lado del padre hasta que no pescaba algo. ¡Y eso que había chicos para jugar! Pero ella no, siempre con su padre y las lombrices. La cuestión es que un día se va corriendo para mostrarle lo que había pescado, ¿y no te digo que se tropieza y casi se cae al río? ¡El susto que nos pe-

gamos! Roberto la atajó en el aire y yo de la desesperación me tiré al agua. ¡Y ella como si nada llorando porque le habíamos sacado las lombrices! ¿Estás bien, Brando?, ¿te molesta ver las fotos? Roberto le dirigió la mirada a su esposa.

—Vamos para afuera, se aburre el muchacho.

—No, estoy bien. Solo que me trae recuerdos... ¿Podré hacerle copia a estas fotos? No me las mostró nunca su hija.

—Bueno... sí... no pasa nada... Sé que no terminaron bien, pero no creo que nadie se enoje. Llévate esta foto, de cuando estuvimos en Córdoba. Acá tendría doce años y el parecido con la nena es asombroso. Parecen dos gotas de agua.

Después del almuerzo me llevaron a conocer a Cloe, que todavía dormía la siesta. Fui con Ana en realidad, porque Roberto se quedó abajo mirándome raro. Subimos la escalera de pino. Las paredes estaban llenas de fotos de la Turka de cuando era bebé, luego atravesamos el largo pasillo, la habitación de los Manzur, el baño, un escritorio y por último el cuarto de la Turka: nuestro cuarto... Con los póster de Soda Stéreo, los adornos andinos y los libros de segunda mano. Y allí estaba su hija, durmiendo con el puño apretado y la cabeza arrebolada. El parecido con la Turka es asombroso. El mismo corte de cara, los mismos ojos achinados

que se combinan con la piel olivácea, los mismos pómulos sobresalidos y la grasita sobrante de la nuca. No hay nada que haga recordar al simio de Marcelo. Una mini-turka frágil y hermosa, que cuando se despertó, parpadeó varias veces y me clavó la vista como si me reconociera. Le sonreí, y ella a mí, y Ana, aunque dudó un momento, me dejó agarrarla. Fue como sostener la vida misma en mis brazos.

Comenzaron a verse los fines de semana. Tomaban mate, comían medialunas, miraban videos de la Turka, sus álbumes de fotos, los cuadernos del colegio. A las pocas semanas ya le habían vuelto a tomar afecto, y Brando, silenciosamente poco a poco empezó a ganar terreno dentro de la casa de los Manzur.

Hoy me pude quedar a solas con ella. En mi cabeza, por primera vez en mucho tiempo, todo era silencio... Ella es silencio, a pesar de que no se queda quieta un segundo. Babeante y rozagante, revolea los ojos como una calesita y da simpáticas sacudidas a su cadera cuando intenta pararse. La nariz es igual, anchita, redonda, blandita... La sonrisa también, un poco hacia un lado, increíblemente irónica. Los dedos suaves, como la piel de los pechos de la Turka... Toda su piel es una gran

teta... Un inmenso e inocente pezón, que con menos de un añito, ya sabe reconocermé. Siento que estoy frente a una oportunidad única que me da la vida. Volver a empezar para no repetir todos los errores del pasado. Es como dice Ana; el Karma. La acumulación de sucesos en el Universo que tienen su consecuencia en las personas. ¡Eso es! Pero ahora debo limpiar mi Karma. Bajar la ansiedad, bajar el control, dejar de estarle encima. No permitir que se me escape, pero tampoco ahogarla. Tengo la oportunidad de modificar el tiempo. Mi tiempo. Será como volver a empezar pero distinto. Tratando de evitarle todo dolor. Nada de viajes, nada de experiencias reveladoras, nada de probar todo lo que ya sabemos que no funcionó. Observar los acontecimientos y pensar, pensar mucho. Es tiempo de cuidarla y estar con ella como sea. Estaremos juntos. Desde el principio hasta el final.

Marcelo Da Silva miró el cielo a través de la ventana de su cuarto y notó que ya era de día. Todavía faltaban varias horas para el evento de Capoeira, pero ya no dormiría. Hacía varios meses que sufría de insomnio y no descansaba más de cuatro o cinco horas.

Se acercó hacia la ventana, tratando de no despertar a su hija, y echó un vistazo hacia la calle unos segundos. La imagen de dos chicos de no más de diez años jugando a la pelota se le apareció como en un sueño. Parecían ellos dos, potreando toda la tarde, saltando los descampados de los vecinos, tocando timbres para salir corriendo. “La vida arrasa. Se lleva todo puesto como un inundación descontrolada.”

Se dio vuelta para observar a Cloe y notó que dormía plácidamente. Era imposible no pensar en

la Turka al verla. De él no tenía más que el color de piel, ligeramente marrón; de ella, absolutamente todo. Los ojos achinados, la sonrisa a media boca, el pelo fino y ondulado. La alzó en sus brazos y le pidió ayuda a su madre para vestirla. Aquél era un sábado especial, no sólo porque la llevaría por primera vez a Capoeira, sino también porque sus alumnos tendrían su primer batizado y no podía llegar tarde.

Desayunaron en el patio, el muro de madre-selvas a uno y otro lado de la pared eran la frontera con el comisario Gonnella. Subió a la nena al auto y viajaron rumbo al club Unión de Caraguatá, donde esperaban en la puerta los alumnos más puntuales. Los saludó uno a uno con un apretón de manos y les presentó a su pequeña hija, que de la vergüenza se escondía entre su cuello y su hombro. Algunos se sorprendieron al ver su exótica belleza y comentaron entre risas el poco parecido que tenía con el profesor. Marcelo se molestó. Ese comentario recurrente siempre lo ofendía. “Es mía, aunque haya salido a ella, es mía...”.

Sin embargo, respiró hondo y salió del paso con uno de sus habituales chistes. El día estaba radiante y no quería comenzar el evento con un traspié.

De a poco comenzaron con los preparativos; armar los estandartes, afilar los cuchillos y orga-

nizar la música al tiempo que llegaban el resto de los asistentes. Todos saludaron al instructor Careca, su nombre de capoeirista, con el respeto que le otorgaba su posición. Él respondió aquellas muestras de afecto con una amplia sonrisa de orgullo. Alegría felina. También se alegraba de verlos. Lucían frescos y despabilados y llevaban los uniformes relucientes como les había exigido; los pantalones blancos, la camiseta con la estampa del grupo y los cinturones de colores.

Después de haber dispuesto las medallas y diplomas en la mesa, se dispuso a armar el berimbau, el instrumento que solo él tocaría en el evento y que afilaría como una gran garra de tigre. Era el momento previo a cada competencia, en que se relajaba y comenzaba a programar el juego que haría. Dejó a Cloe un momento en el tatami, y comenzó a explicarle los pasos a seguir.

—Primero hay que poner el pie en la berimba y con mucha firmeza, aunque sin ser brusco, estirarlo hasta ponerlo en posición. Luego, se gira la punta para pasar el alambre al otro lado y finalmente le damos la tensión necesaria para que suene afinado. ¿Ves?, ¡beleza!

Ella lo veía a diario afinar el instrumento e intentaba en vano comprender cómo lograba sacarle algún sonido, como si fuera parte de su propio cuerpo, siempre tan lejos, siempre tan extraño y

poderoso.

Marcelo tomó la varilla y la piedra e hizo sonar los primeros acordes. Dejó a la niña con la madre de uno de sus alumnos, y le pidió a los capoeiristas que formarían un círculo.

—Como bien saben hoy es un día importante para muchos de ustedes. Es el primer batizado de este grupo; cambiarán de corda, sentirán que todo el esfuerzo del año valió la pena. Pero no solo de eso quiero hablarles, ya que para mí también es una jornada especial. Es mi primer evento después del accidente y el primero con mi hija Cloe. Por eso quiero compartir algo con ustedes, algo que creo les servirá de ayuda para el camino que están comenzando. La frase que me dijo mi Mestre antes de dejar Brasil resume todo lo que pienso de esta vida y la capoeira. Una simple oración que lo engloba todo: La roda es como la vida. Aquí, dentro del círculo, se puede ver qué clase de persona es cada uno. Aquel que juega con miedo, así se comporta fuera. El que es arriesgado y se desafía, no pasa inadvertido. El traicionero, tampoco —y de repente la imagen de Brando y su cuerpo tosco y pesado moviéndose en medio de la roda, empezó a girar a su alrededor. Un hábil mastodonte hambriento esperando clavar sus cuernos en el momento menos pensado.

Hizo un esfuerzo por retomar el hilo del discurso y continuó: —Hace algunos meses me pasó algo que me golpeó brutalmente. No veía la salida y sentía que todos los días eran iguales, sin ninguna esperanza de que mejoraran. Sin embargo, una tarde, tirado en el suelo mirando el techo, cuando ya no tenía ni respeto por mí mismo, pensé en todo lo que había vivido los últimos meses de mi vida, y simplemente decidí rendirme. Pero en el buen sentido. Golpeé el piso con odio, insulté a la vida, me largué a llorar no sé por cuántas horas. Fue realmente liberador sacar todo ese veneno que tenía acumulado. Fue entonces cuando me sentí libre. Triste, pero libre, y pude recomponerme y crear esta canción, que quiero dedicarle hoy a ustedes...

Marcó el tono en el berimbau y pidió que le siguieran el ritmo con las palmas.

“A capoeira me ensinou o que é a vida.
E você menina me ensinou o que é amar
Na roda de capoeira
Ao som do berimbau tocando
Essa morena entrou na roda
Joguei com ela e fez meu corpo arrepiar
Não podia imaginar
Me apaixonei por essa morena
Que foi se embora
Para nunca mais voltar...”

—Por eso hoy traigo a mi hija para que em-
piece a ser parte de todo esto y pueda vivir la Ca-
poeira como la vivimos nosotros. Para que en al-
gunos años pueda empezar a jugar con nosotros.
Nada más amigos, bom ba-
tizado, bom jogo y ¡Capoeira!...

—¡Brasil! —contestaron todos al unísono
y aplaudieron con entusiasmo—. Poco a poco se
fueron acercando a saludarlo, y a felicitarlo por la
canción, pero el profesor Marcelo se escudó en su
niña para gambetear las emociones que todavía
sentía. A pesar de que había dado un buen dis-
curso, la imagen de Brando alrededor seguía rever-
berando en el ambiente.

El batizado comenzó con una demostración de
maculelé, la danza con machetes y cuchillos, y
continuó con Capoeira Angola, la vertiente más
rítmica del juego, los cuerpos encimados, los mo-
vimientos controlados, el engaño como parte del
desafío. Cuando ya el gimnasio estaba completo,
fue el turno de la roda oficial, al son del berimbau y
los furiosos tambores africanos. Marcelo se acercó
a los tambores, se santiguó y se lanzó hacia el aire
con un salto acrobático que generó aplausos en el
público. Un rondó flic que terminó muy cerca de
la primera fila de asistentes y que Cloe observó sin
inmutarse. No tenía miedo. Era la llamada de su

manada que hacía que con solo pocos meses, se quedara inmóvil al lado de los tambores siguiendo los sorprendentes movimientos de su padre.

Marcelo, aún sintiendo el pinchazo en la espalda que arrastraba desde el accidente, salió a buscar a Toquinho, el más experimentado de sus alumnos. Una vez más, le sobrevino la figura del hijo del comisario. La rudeza de los rasgos de su alumno, y el cuerpo cuadrado se le parecían demasiado, por lo que tuvo que hacer un esfuerzo para poder concentrarse. Sabía que debía compensar con paciencia y soltura la sangre nueva, así que decidió comenzar con cautela, sin achicarle demasiado la distancia ni modificar el equilibrio de fuerzas. El juego de su alumno era preciso y realmente había mejorado los últimos meses, por lo que el tigre se mantenía atento, para no arriesgar la posibilidad de quedar en ridículo frente al público. Se acercaban y alejaban, temerosos uno del otro, haciendo un gran trabajo para intentar provocar un error en su rival. Toquinho estaba fresco y los músculos parecían no agotarse, sin embargo, Marcelo se movía veloz y liviano y manejaba con destreza el arte del engaño. Empezó a relajarse y jugar cada vez más seguro y poco a poco lo fue haciendo caer en su trampa. Cuando menos lo esperaba el aprendiz, hizo un gran salto hacia adelante y lo rodeó por la espalda. El público enmudeció de repente. Con

un solo movimiento el instructor lo podría tirar al suelo de boca y demostrar a todos quién mandaba en la roda, pero también dejaría una imagen agresiva frente al auditorio. Los brazos estaban tensos y el sudor caía por su espalda pero nada le impedía dominarlo. Lo tuvo sujeto por los hombros durante unos segundos y finalmente lo liberó, dejando en claro que todo había sido una simulación. Lo miró y se fundieron en un abrazo respetuoso. Toquinho se apartó aliviado y lo saludó en señal de agradecimiento. Ambos estaban extenuados por el desafío.

Pasadas las ocho de la noche puso a su hija en la silla del auto y atravesaron las desoladas calles de la zona residencial de Caraguatá. Cruzó la autopista que lleva a la Capital, dio la vuelta al campo de golf y finalmente llegó a Villa Salerno, donde vivían los abuelos de Cloe. Sin embargo, justo antes de llegar a la esquina, confirmó las premoniciones de las últimas horas. Brando se escabullía de su vista. Su actitud rastrera lo delató enseguida. Parecía una rata enorme. Estaba a punto de tocar el timbre en lo de los Manzur, pero al verlo llegar, se dio media vuelta y escapó a buen paso, pretendiendo no ser visto. Marcelo trató de alcanzarlo, pero desistió al verlo subir al auto y arrancar a toda velocidad.

Estacionó a pocos metros del chalet, cargó a su hija en brazos y tocó el timbre. Al instante salió

Ana que lo saludó con distancia y rápidamente tomó a su nieta.

—¿No habíamos quedado a las siete, Marcelo? —y se asomó al cielo nublado de junio, ya oscurecido.

—Disculpe, me retrasé por el evento...

— Y traerla en el auto, después de todo lo que pasó... ¿te parece necesario?

—Mire... yo trataré de ser más puntual y de no traerla más en el auto, pero déjeme decirle algo: Yo no soy quién para decirles con quién se tienen que ver, pero me parece que deberíamos respetar un poco más los deseos de Natalia, ¿no cree?

—Perdón, ¿de qué me estás hablando?

—Ya sabe. Me lo acabo de cruzar recién.

—¿Vos me vas a decir a mí sobre lo que tengo que hacer en mi casa?

—No se altere... Simplemente le estoy diciendo que no hay necesidad de todo esto.

—¡Bajá el tono Marcelo, eh! ¡Fijate cómo se pone la nena cuando me hablás así!

—Simplemente se lo aclaro, no quiero verlo dando vueltas por acá, mientras esté mi hija.

—¡Muy bien!, ¡muy bien! ¿Cuándo pasás a buscarla?

—El jueves.

—Bien. Hasta entonces —respondió la madre de la Turka y cerró la reja del portón de entrada sin

saludarlo.

Marcelo respiró hondo, la vio atravesar el jardín de madre selvas y le siguió la mirada a Cloe, que muy lentamente empezó a llorar.

Ana Manzur solía calmar sus pensamientos regando. Era su momento de conectarse con la naturaleza y limpiarse de todas las emociones que ya no necesitaba. La manguera amarilla en la mano izquierda, dejando que el agua se escurra suavemente por entre los dedos, el mate caliente en la mano derecha, para sentirse acompañada. Regaba sus plantas con muy poca presión, cuidando especialmente de no lastimar a las flores del jardín. Al sauce lo mojaba desde arriba hacia abajo, y a gran distancia, y lo mismo hacía con las alegrías y los pensamientos, que habían florecido antes de tiempo esa primavera. El problema eran las madre-selvas. Siempre había tenido trepadoras en su casa, desde que Natalia iba al colegio, pero a veces crecían tanto que le llenaban de humedad las paredes e impedían el crecimiento de las otras plantas.

Durante un tiempo las había sacado, pero cuando murió su hija, decidió volver a plantarlas. En menos de seis meses habían crecido mucho y rápidamente y ya habían echado flores, aunque empezaban lentamente a devorar a las otras plantas. Espléndidas y traicioneras, poco a poco iban tomando cada vez más espacio en el jardín de los Manzur.

Aquella tarde tenía ganas de inundarlas y terminar de una buena vez con ellas. Las regaba con fuerza dañando sus flores, sin darse cuenta de que no era con ellas el enojo, sino con Marcelo y toda la situación a su alrededor. Ese tipo la ponía nerviosa. Su tono de voz, sus palabras, el modo de educar a su nieta. Además, había algo raro en Cloe los últimos meses. Estaba fastidiosa continuamente, lloraba por cualquier cosa, no lograba calmarse.

Esa mañana se había entrevistado con una abogada que le había asegurado que si por algún motivo le abrían una causa a Marcelo, o se comprobaba que no tenía medios suficientes para mantenerla, podrían empezar los trámites para quitarle la custodia de Cloe. Si la policía confirmase, por ejemplo, de que vende droga entre sus alumnos de Capoeira, como aseguraba Brando, podría quedar detenido, y la hija de la Turka quedaría bajo su tutela. Sin embargo, no se había ido conforme de la reunión. Creía que su nieta estaba en manos de un verdadero monstruo. No solo por lo que hacía

con su vida, sino también porque estaba segura de que Marcelo tenía una especie de fascinación con los niños. La miraba a Cloe de una manera extraña, con esos ojos demasiado redondos y oscuros, y su sonrisa amarronada de labios secos y amarillentos. Además la nena tenía una especie de obsesión con su propio cuerpo, con solo recordarla, la dejaba pensando sin parar durante horas. Por momentos no hacía más que frotarse y tocarse la entrepierna. Eso lo había visto en algunos nenes, en sus sobrinos, o incluso en algunos amigos que tenía Natalia cuando iba al jardín, pero nunca en una nena. ¿Podía ser posible lo que su imaginación disparaba o simplemente estaba exagerando en sus fantasías? De cualquier manera, lo único que le interesaba era tener a Marcelo lo más lejos posible cuanto antes.

Después de regar todo el parque, se sentó en la cocina a esperar a Roberto. Cuando entró, le dio un beso en la mejilla, más cerca de la oreja que de la boca, y esperó a que se quitase la corbata para hablarle.

—Preferí guardármelo todo el día para que no te vayas mal al trabajo, pero desde anoche que no me saco este tema de la cabeza, ¿qué vamos a hacer con este tipo? Ayer la trajo a cualquiera hora, la nena estaba totalmente sucia, y él parecía, no sé... borracho. La semana pasada, y no te dije nada para no echar más leña al fuego, Cloe parecía que

no había comido en dos días y ni siquiera le había cambiado el pañal.

—¿No estarás exagerando un poco Ana, con todo esto?

—Para nada... Anda en algo raro, estoy segura... Hablé con la abogada y me dijo que todo podría ser más fácil de lo que imaginamos...

Roberto se sentó por fin, se abrió los botones de la camisa y le dio un sorbo al mate frío de su esposa.

—¿Vos realmente nos ves a nosotros capaces en este momento de criar a una criatura?

—Lo haríamos mejor que este tipo, seguro.

—Pero es el padre, Ana.

—¿Y Brando? Yo creo que podría llevarlo todo mucho mejor...

—Sacate eso de la cabeza. Ese tipo no es el padre. Es el exnovio y no sé cómo dejamos que se metiera en nuestra casa.

—Pero... si vos fuiste el primero en invitarlo.

—Sí, pero me equivoqué. Estaría con la guardia baja por lo que pasó, no sé... No quiero más al hijo del comisario cerca de Cloe. ¿Quién es?, ¿de dónde salió?, ¿quién lo conoce? No sabemos ni siquiera por qué Natalia dejó de verlo. ¿Y querés convertirlo en el padre sustituto de nuestra nieta? ¿Te falla la cabeza a vos?

Hubo un largo silencio. Ana le dio la espalda y se puso mecánicamente a lavar los platos que ha-

bían quedado del mediodía. Roberto se quitó la camisa y fue hasta el aparador por una copa de Cognac que bebió de un saque. Se sirvió otra y luego otra, y se dirigió nuevamente a su esposa.

—De cualquier manera... ¿no te parece raro que un tipo de treinta años se pase acá dentro todo el sábado? —ahora su tono era conciliador, intentando pasar por alto la discusión de hace unos minutos.

Ana cerró la canilla, ignoró la pregunta de su marido y se acercó hasta la ventana. Observó que la tierra estaba lo suficientemente húmeda para llenar el ambiente con el aroma de los jazmines y las rosas que todavía quedaban en pie. Sintió en el aire la misma fragancia de aquella tarde en que la llamaron por teléfono para avisarle del accidente.

—¿Vos estás seguro de lo que hace Marcelo cuando están solos?

—¿Qué decís, Ana?

—Olvidate... Estoy nerviosa, nada más. —Se secó las manos con un repasador y se sirvió un vaso de agua.

—¿Realmente pensás eso?

—Ya sé que parece una locura, pero hay algo que me dice que no estoy equivocada. Además eso de que la nena se rasca todo el tiempo justo ahí abajo...

—¿No te dijo el pediatra que era normal?

—Sí, pero no termino de creerle.

—¡Ana, por Dios! ¿Cuánto tiempo más pensás que vamos a poder criarla?

—Bajá la voz, por favor...

—¿Vos creés que por más que consigamos tener la custodia no va a venir nadie de Brasil a reclamarla?

—¿Qué te pasa? No te reconozco... ¡El tipo vende droga, te digo que estoy segura de que le hace algo raro a la nena y vos lo defendés como si fuera el Papa!

—¡No me lo creo, señora! ¡Ya no me creo ningún cuento de ese Brando ni tuyo! ¿No te das cuenta de que te está llenando la cabeza con historias porque está buscando otra cosa?

—¿Ah sí?... ¿Y qué cosa está buscando, si se puede saber?

—No lo sé... pero me da igual lo que pienses. No quiero que vuelva a poner un pie en esta casa.

Aquella noche, apenas sí durmió, recostada en el sofá de la sala esperando que amaneciera. Le dolía las cervicales como si hubiese hecho un gran esfuerzo físico durante el día, aunque habían sido las palabras y el cambio de temperamento de su marido, los que la habían extenuado. Lo peor había sido cuando mencionó lo del accidente. Aquella frase ponzoñosa iba y venía en su cabeza: "...que lástima que con tu intuición no pudiste salvarla". Jamás le había hablado de esa manera. Aunque no era tanto la crueldad de su intención, sino la veracidad que tenían aquellas palabras lo que la había impactado. Aquel fin de semana trágico, a pesar de que había convencido a su hija para que le dejara a Cloe, no pudo evitar que viajasen a Uruguay. Aunque... ¿qué le podría haber dicho de todos modos? ¿Que se quedara en la casa? ¿Que dejara de ver al tipo del que decía estar enamorada? No

hubiera dado resultado tampoco, y lo sabía. Sin embargo, el hecho de no haberlo siquiera intentado era como un embalse desbordado que por las noches amenazaba con ahogarla.

La mañana siguiente, una vez que Roberto se fue al trabajo, lo llamó a Brando y le pidió si podía pasar por su casa esa misma tarde. Él contestó de inmediato que sí y después de terminar la jornada laboral en la comisaría, en su auto, se fue hasta el chalet de Villa Salerno. Tocó el timbre. Atendió Ana, algo ojerosa y un poco despeinada, pero aun así, muy atractiva.

—No me diste tiempo a arreglarme, pensé que salías más tarde...

—Tranquila, hay confianza —y se dieron dos besos, uno en cada mejilla, como se acostumbraba en la casa.

—¿Comiste?

—Sí, no se preocupe Ana.

—Por favor, tuteame, te lo digo siempre... Te preparo algo en dos minutos.

—En serio, estoy bien.

—Bueno vamos arriba que está el jardinero afuera y no quiero que escuche —y atravesaron las lustradas escaleras de pino y los retratos escalonados de la Turka en la pared—. Primero el escritorio de Roberto, luego un baño, la habitación de los Manzur y por último el cuarto de la Turka.

Brando se quedó petrificado al verla. Estaba igual, en el mismo estado que cuando ella vivía, con los peluches de Disney y los posters de Los Piojos de cuando era adolescente. Las calcomanías de marcas de ropa en las ventanas, los estantes con los manuales de filosofía, las fotos de los viajes, nada se había modificado. Hasta su cama estaba perfectamente tendida. Así la había mantenido Ana durante todo el año, pensando que tal vez, el espacio podría determinar al tiempo y que Natalia, o lo que imaginaba que era ahora Natalia, podría hacerse presente.

Lo primero que hizo el hijo de Gonnella fue sacarse los zapatos. Una costumbre que la Turka imponía a cualquiera que quisiese entrar en su templo. Se agachó y tocó la alfombra para percibir su textura. Una suave piel de felpa beige, que en las noches no se distinguía en absoluto de la piel de la Turka.

—Te voy a mostrar algo, vení —Ana abrió uno de los cajones de la mesita de luz, sacó una foto y se sentó en el borde de la cama. Brando se acercó y percibió la poca distancia corporal que tenía con su ex suegra. Olía igual que su hija y que Cloe. A pino, a eucaliptus, pero sobre todo; a tierra mojada, a humedad después de la tormenta.

—Era una chica libre, Brando. Si quería ir al colegio lo hacía y si no, bastaba con avisarnos. No

sé... a veces pienso que fuimos demasiado permisivos con ella. Pero teníamos una relación muy cercana, no te pienses... La llevábamos a los torneos de gimnasia, cantábamos en el coro de la iglesia, íbamos a todas las reuniones de padres. Aunque cuando entró a la adolescencia, todo se tornó problemático. Emanaba una energía que no sé de donde salía. No podía quedarse quieta un minuto.

Brando tomó la foto y la observó. Se veía a la Turka a orillas de un lago. Su cabeza parecía más grande que su cuerpo, que lucía delgado y algo desgarrado. No era su mejor foto claramente, pero había algo en su rostro que dejaba ver que pronto asomaría su belleza.

—A veces, cuando entro en su habitación, no puedo dejar de recordar los sábados que pasaba con sus amigas. Era hermoso verlas probarse ropa y cantar frente a la tele. Después salían a la matiné y a medianoche las iba a buscar el Rober móvil. “El Rober móvil y su bata roja”, le decían —de pronto sonrío y sus ojos se achinaron—. ¿Cómo era el ritmo? Era algo de una publicidad que pasaban en la tele, bastante pegadiza. Ya me la olvidé. Teníamos mucha fe en ella, pensábamos que le iba a ir bien en la vida; pero no sé, algo cambió cuando empezó a andar de acá para allá. Ya no creía en nada, ni en la religión, ni en nosotros, ni en sus amigas...Nunca terminó una carrera. Rendía algunas materias y se

iba de mochilera, dos, tres, cuatro meses; después venía, se quedaba un tiempo y se volvía a ir. Así durante años... Andaba con la cara pálida y los músculos rígidos cuando estaba con nosotros. Una vez, en esta misma cama, dijo algo que me dejó helada. Que nos tenía asco. Así, con esas palabras. “Siento asco de la vida que llevan”. Yo temblé cuando la escuché y no pude contestarle nada. Me daban ganas de zamarrearla o pegarle un cachetazo, pero no pude hacer nada y me encerré en mi habitación a llorar. Ni siquiera pude contárselo a Roberto... Por eso me alegré mucho cuando te conocimos. Pensamos que vos podías encaminarla un poco, no sé... Estaba distinta, parecía contenta... Perdoname si te hablo de esto, es que últimamente estoy sensible... ¿Sigue en pie lo que me propusiste?

Brando sintió de repente una oleada de serotonina que le subió desde el estómago y que traía todo nuevamente. Árboles, hojas, arena, dunas, polvo, Gonnellas, sangres y enredaderas. Ahora sus manos, la lengua, los brazos, eran una enorme planta que crecía sin sol, sin sombra y sin agua, solo con el recuerdo de ella. Sí, definitivamente, el día había llegado.

Respiró hondo para intentar disimular el entusiasmo y contestó con la calma que los genes Gonnella le proporcionaban.

—En la comisaría estamos investigando y

cada vez aparecen más cosas. No sé... yo creo que Roberto es una persona inteligente y de una u otra manera se va a tener que dar cuenta como viene la mano... Este tipo no es un simple profesor de Capoeira.

—Es que no puedo hacerlo entrar en razón. Hace varios días que estamos peleados, de mal humor, discutiendo todo el tiempo... No veo salida. Elija lo que elija, siento que es imposible ganar. Me siento como si tuviera veinte años...

Ana esbozó un sollozo que se convirtió en una especie de maullido y luego en un llanto ahogado. Se tomó la cara entre sus manos y se quedó un buen rato así, llorando, dejando al descubierto uno de sus pechos. Brando lo observó mientras la consolaba. Acercó aún más su cuerpo, la abrazó y le besó la frente hasta que por fin logró calmarla.

Después de dejar la casa de los Manzur, subió al Fiat y condujo por las silenciosas calles de Caraguatá. Creía que ya era hora de ejecutar el plan, aunque no se sentía todavía preparado. Temía por todo lo que pudiese venir a partir de ahora. Definitivamente, sucediese lo que sucediese, su vida cambiaría rotundamente.

¿Seré capaz de llevar hasta el límite, e incluso sobrepasarlo, mi ética y mis sueños? ¿Y si sale mal?,

¿será cómo en ese sueño en el que me daban prisión domiciliaria? ¿Y si Marcelo se entera y se venga con la Turkita? Pero, ¿de qué sirve volver a casa y que ella no me espere? Programar a futuro sin nadie que pueda condicionar el esperable curso de mi vida... Vagar como una triste sombra por esta pampa interminable. ¿Qué quiero ser?, ¿un viudo, un policía corrupto, o el compañero de la nueva Turka?

Aquella víspera de navidad, el comisario Gonnella se sorprendió cuando su hijo lo llamó para invitarlo a cenar. Por un lado se alegró por la posibilidad de compartir la nochebuena con su hijo, por el otro percibía una sensación amarga dentro. Si bien parecía que Brando había encaminado su vida desde que trabajaba en la comisaria, había algo en aquel llamado que no le cerraba. Se lo veía esquivo y nervioso las últimas semanas y el temblor en la mano derecha, que desde chico le aparecía cuando estaba bajo estrés, denotaba que las cosas tal vez no iban cómo el comisario las imaginaba.

Puso en marcha el Audi y condujo a través de las humedecidas calles del barrio hasta el restaurante italiano, en la costa del río. Cuando llegó, le dejó las llaves del auto al chico del estacionamiento y saludó a su hijo con un abrazo. El local estaba lleno, pero los clientes eran lo suficientemente reservados como para no levantar demasiado el

volumen de la voz, lo que dotaba al lugar de una buena atmósfera para conversar.

Una vez ubicados en una mesa con vistas al puerto, abrieron el apetito con dos Martini rosso y una bandeja de quesos. Luego pasaron a unos fusili scarparo, que pidió Gonnella, y unos spaghetti a la carbonara, Brando. El comisario intentó hablarle de trabajo; el intendente de Caraguatá ponía cada vez más trabas para poder trabajar tranquilos en la zona; pero no podía concentrarse en sus argumentos. Había una tensión visible en su hijo que teñía de ansiedad la cena. Era obvio que quería hablar cuanto antes de algún asunto pero que esperaba el postre para no irritarlo. “Nunca hay que hablar de nada importante hasta después del postre”, era una de sus máximas predilectas.

—Largalo, dale, ¿qué hay? —dijo después que trajeran la botella de sidra.

Brando bebió un buen trago e inspiró profundo y contó el plan que tenía en mente. No le habló de los Manzur ni de Cloe, aunque intuía que el comisario algo sospechaba. Solo habló de Marcelo. Gonnella escuchó todo atentamente y cuando finalizó, hizo un silencio y reflexionó antes de hablar. Observó a su hijo abatido a pesar de su corpulento cuerpo, y sus brazos musculosos, tenía los hombros caídos y la mirada temerosa. La actitud de un perro asustado. ¿Dónde había quedado ese niño

tan enérgico que se lucía jugando al rugby en el Unión de Caraguatá? Un chico tan inteligente que lo hacía sentir un bruto cuando intentaba ayudarlo con las tareas del colegio. En lo profundo, con los recuerdos y el tiempo perdido, seguramente, pero no en este presente de venganzas y fijaciones con el pasado. Era tanto su deseo de verlo bien, que no se permitía descubrirlo tal como era: un pobre hombre atrapado por una obsesión interminable. Le sirvió otra copa de cava y finalmente le habló:

—La noche que tu madre se fue de casa me había despertado un ruido que venía de la calle —se acercó un poco y bajó su voz grave y profunda—. Cargué la reglamentaria y bajé muy despacio las escaleras pensando que alguien había entrado. Sin embargo, cuando entré a la cocina me encontré con una carta sobre la mesa. Me serví un vaso de ginebra, imaginando por dónde venía la cosa, y me senté a leerla. Eran veinte, treinta líneas donde hablaba de un montón de mierdas y las supuestas frustraciones que le provocaba estar casada conmigo. Maldije a todo el mundo por lo que me estaba pasando, rompí la carta y terminé lo que quedaba de la botella. Fui a tu habitación para ver que estuvieses durmiendo bien, y después me volví a mi cuarto. Ya está, no se podía hacer nada más. Solo impedirle que te llamase y que pueda verte, cosa que cumplí a rajatabla. Asunto liquidado. ¿Que podría haber pa-

sado más tiempo con vos esos años? Sí, es verdad... te doy la razón. Pero tenía veinticinco años, ¿qué se supone que tendría que haber hecho? Me habré mandado mil cagadas, pero siempre tuviste a tu abuela que te lavaba la ropa y te mandaba a la escuela y mi apoyo en todos tus proyectos —añadió y llenó una vez más ambas copas—ya sé que no soy lo que esperás de un padre, pero tampoco vos sos lo que imaginé, y no por eso dejé de quererte.

Brando aguantó la emoción que crecía entre ambos y cubrió con su mano la de su padre, en una muestra de agradecimiento por su sinceridad.

—Te necesito, viejo. Tengo que cerrar este asunto para poder seguir adelante.

—Lo sé. No hace falta que me digas nada —hizo señas al camarero para que le trajeran otra botella. ¿Sabés más o menos los movimientos del negro este, no? Averiguá bien qué horarios tiene, a quién ve, qué rutinas hace. A ver cómo podemos arreglar el asunto...

—Estoy dispuesto a hacer todo lo que tenga que hacer.

—Me parece bien... ahora prométeme una cosa —dijo mirándolo como cuando le tocaba interrogar a un delincuente—. Lo hacemos y te dejás de joder con la Turka, ¿está claro?

—Te doy mi palabra —respondió sin titubear y alzó los ojos al cielo aliviado.

Se dieron un abrazo y brindaron por una nueva navidad juntos.

Marcelo se despertó de la siesta con un agudo dolor de cabeza y mucho frío. Afuera estaba nublado y lluvioso. Sentía una punzada intensa, mezcla del dolor que le había causado el duro golpe en el último entrenamiento pero también ese mal presagio que lo acosaba desde hacía meses, cuando se había enterado de la relación de Brando con los Manzur. Se acercó a la cuna de Cloe y observó su frágil cuerpo mientras dormía. Era lo único que lo hacía olvidar el dolor de habitar una realidad que sentía extraña. “Cuando pueda juntar algo de dinero, nos vamos a ir de este país de mierda”, le susurró y acarició tiernamente su rostro.

Dudó en dejarla sola, Flora había ido al centro a hacer unos trámites, pero finalmente, viendo que dormía profundamente, decidió salir un momento para comprar una aspirina.

Caminó hasta el quiosco más cercano, frente a la fábrica de esencias, a pocos metros del ingreso a la autopista, y entró. Calmantes, cervezas y alfajores era lo único que se podía comprar en el local. Todo lo demás, que exhibían tristemente en el mostrador, era un cúmulo de golosinas vencidas que nadie compraba y que servían como señuelo para vender todo tipo de drogas.

—¿Qué decís negro?, ¿todo bien? —Tortuga, el hijo del dueño le dio la mano para saludarlo.

—Todo bien. Dame unas aspirinas que tengo la nena sola en casa.

—No me quedan, che... Solo tengo digestivos, ¿querés?

—¿Qué tiene que ver un digestivo con lo que te pido?

—Bueno, ¡pará negro! No te calentés. Hagamos así: te alcanzo hasta la avenida que ahí venden y de paso arranco para el centro.

—No, que dejé a Cloe sola...

—Es un minuto... llegamos en nada —y se metió detrás de las cortinas, en el cuarto que conectaba el local con su casa.

Marcelo dudó en aceptar, de hecho intentó irse, pero otra puntada, esta vez en el entrecejo, le hizo cambiar de opinión. Un pinchazo intenso que latía del lado derecho. Nunca lo olvidaría.

—Apurate, dale —insistió—. A los pocos se-

gundos, salió Tortuga con las llaves del auto y subieron al Peugeot.

—Tengo que ir al centro a buscar una planta de Ayahuasca que me traen de Perú. Son dos lianas que mezclás y tenés que hervir dos días. Después te las tomás como una sopa y te quedás viendo ositos de colores durante dos días —agregó con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes verdosos.

El capoeirista lo ignoró, demasiado ansioso por llegar y siguió mirando por la ventana, observando el inalterable paisaje de Caraguatá. Las fábricas abandonadas, la parroquia frente a la plaza, la comisaría de Gonnella. Calles vacías, desoladas a la hora de la siesta, apenas habitadas por algunos chicos jugando a la pelota en las veredas.

—¿Qué hacés? Girá en Ortiz —le exigió Marcelo cuando vio que erraba el camino y se metía en una calle sin salida.

—Uy sí, perdón, me colgué —respondió Tortuga. Luego frenó el auto y puso marcha atrás. En ese instante, apareció un Dodge 1500 de la comisaría de Caraguatá y el brasilero sintió su respiración detenerse. Miró a su compañero que se aferraba con sus garras sudadas al volante y supo que la comedia estaba a punto de finalizar.

—Estoy hasta las manos de coca —fue el último diálogo de Tortuga, forzado y poco orgánico, y un pesado telón pareció caerse sobre los dos.

Luego fue bajarse, darle los documentos, ver a uno de los policías abrir el baúl del auto y con fingida sorpresa comunicarle a los otros dos oficiales el botín que habían encontrado.

Esa misma semana, Brando logró comprar todos los documentos necesarios. Un cabo que conocía a un oficial, y que tenía un amigo que tenía otro amigo que trabajaba en Cancillería. Un tipo melenudo, con bigotes canosos y que fumaba un cigarrillo tras otro, le entregó un sobre en un bar frente al Obelisco. Para él, un documento con otra identidad (Julián Delirotti) y una cuenta en un banco uruguayo. Para Cloe, una partida de nacimiento y el DNI con su nuevo nombre (Natalia Delirotti). Había utilizado un cuarto de sus ahorros pero lo tenía todo. Solo faltaba el toque final.

La última noche en Caraguatá, se subió al Fiat y condujo por la colectora de la panamericana en dirección al Norte. Lo hizo tranquilo, escuchando el disco de la Turka, teniendo cuidado con

los cambios de carril y las velocidades límite. No quería sorpresas de ningún tipo.

En el puerto de Tigre se encontró con el tipo que le entregó la llave de la casa en la isla, le pagó, hablaron un poco sobre el clima de la isla, luego regresó cerca de la medianoche a Caraguatá. Por momentos, le parecía una locura lo que estaba por hacer; en otros, cuando recordaba cuánto la extrañaba a la Turka, estaba seguro de que era la única solución posible. Algo había cambiado para siempre y ya no volvería. Lo percibía en las veredas del barrio, en los vecinos que ya no lo saludaban y en los negocios donde lo trataban con excesivo respeto. La cama que le habían hecho a Marcelo, había sido una bomba y el barrio empezaba a oler a podrido.

Se pidió comida china, se tomó dos cervezas y a la medianoche festejó en soledad el cumpleaños número veintisiete de la Turka. Se sentó en la mesa de su monoambiente con una torta que le había comprado, chocolate y dulce de leche con una frutilla en el centro, su favorita, y le cantó el feliz cumpleaños a su novia muerta. Luego le pidió que lo apoyase en la empresa que estaba por iniciar y brindó con una copa de ron con hielo. Tomó su cuaderno de notas y se puso a revisar los detalles de la última parte del plan.

1- A las nueve horas del viernes se la llama a Ana Manzur a su casa. Se la felicita por el logro obtenido sobre la custodia, se le manda cariños a Roberto y se pregunta por Cloe.

2- Se le comenta el motivo de mi partida y se le solicita un encuentro para ese mismo día o el siguiente. Se hace hincapié con saludar a ella y a la niña por última vez. Objetivo: feria artesanal de Caraguatá.

3- Se verifica el lugar, se espera tranquilo, se sale poco, se duerme en un hotel de la Panamericana.

4- Se ultiman los detalles para la mudanza.

5- Llegado el día D, se concurre una hora antes y se comprueba el lugar.

6- A la hora señalada, se camina hasta el punto de encuentro, se la saluda a la Manzur, se mantiene una actitud distante y se habla de la nena, de Marcelo, de los motivos de mi supuesto viaje a México.

7- Se espera paciente el momento en que Ana acepte caminar por la calle lateral y me dé a Cloe en brazos. A los pocos segundos se le hace la señal al hermano de Tortuga para que intente robarle

la cartera. Una vez que este malformado empieza a correr, se lo persigue con Cloe en brazos hasta llegar al descampado, donde espera el auto.

8- Nos subimos al Fiat con Cloe, la deposito en el asiento trasero y arranco a toda velocidad, hasta la entrada de la autopista.

9- Se deja el auto en el desarmadero de San Fernando, se toma un taxi hasta el puerto y se embarca en la piragua.

10- Se rema lento pero seguro hasta el canal que figura en el mapa. Estimo ocho o nueve horas de viaje hasta la entrada del Remanso.

11- Si hay que hacer noche en alguna orilla, se la hace, como sea.

12- Cuando se llega, se busca al paisano en la casita verde, se le paga la otra mitad, y se toma posesión de la casa.

13- Se es feliz.

SEGUNDA PARTE

Pocos días después de cumplir 8 años, la hija de la Turka, se despertó con la claridad de la mañana que entraba por la ventana de su cuarto. Un tibio calor que hacía olvidar la fría y húmeda noche en la isla y la animaba a levantarse y abandonar las gruesas frazadas que la cubrían. Se sentó en el borde de su cama y dejó que los rayos bañasen unos segundos más su cara. El invierno había sido largo y lluvioso, y estaba esperando la llegada del buen tiempo para salir de paseo.

Vio que eran más de las ocho y sonrió. Era domingo, no había escuela por delante, y su padre le había prometido salir de pesca. Se puso las pantuflas y, arrastrando sus curtidos pies de isleña, se dirigió a su habitación a pocos metros de la suya. Entró, y al acercarse a su cama, notó que dormía

profundamente. Su sueño era tan intenso que ni siquiera el tierno beso que le dio, logró despertarlo.

—Dale pá, que se nos va el día... —le dijo y sintió por fin su respiración agitarse—. Julián (antes llamado Brando) abrió apenas los ojos y notó que a pocos centímetros de su cuerpo estaba la nueva Natalia (antes llamada Cloe). La de siempre, con su pelo largo, sus pecas alrededor de la nariz, y su camisón de dormir rosado. La besó y sintió una profunda alegría por haber despertado.

Unos minutos más tarde tenían todo dispuesto en el bote. El equipo de pesca, la mochila con los juguetes y los tápers con comida. Subieron y se ubicaron cada uno en su sitio. Julián con los remos en el centro y la hija de la Turka sentada en la punta de la canoa. Quitaron el amarre y partieron río arriba.

Después de atravesar el río Carapachay, que rodea la parte Este de El Remanso, desembarcaron en un arroyo más pequeño, el Chamaicay, que de tan estrecho debían agacharse para que las ramas de los árboles no los golpearan. Ella amaba ver remar a su padre, con sus brazos musculosos y peludos, empujando con velocidad la embarcación. Se pasaba todo el viaje observando el paisaje, buscando entre los arbustos y los inmensos juncos a carpinchos y pájaros que llamaba con silbidos, y respirando el aroma que emanaban los laureles y

los naranjos que crecen en las riberas del Delta.

Finalmente llegaron a la isla La Colorada, un inmenso prado con una pequeña laguna sin más compañía que algunos caranchos y chimangos y decenas de insectos que se peleaban por alimentarse en las orillas.

Amarraron la piragua al improvisado muelle, pusieron un mantel sobre el pasto y se sentaron a comer.

—Uy, se me está por caer el diente, pá —Nataliafrenó el mordisco justo antes de dar el primer bocado.

—¿Cuál, turkita?, ¿el de arriba?

—Sí, está re flojo. —Julián se acercó y ella abrió su boca para mostrarle. En efecto, se veía un pequeño diente de leche que colgaba de sus encías. Con un ligero movimiento o un pequeño roce de la lengua, caería sin esfuerzo.

—No te preocupes, en cualquier momento se me empiezan a caer a mí también—. Y le acarició dulcemente la cabeza. Ella se rio y por un momento pensó en cómo se vería su padre de anciano. Lo imaginó alto, todavía fuerte, aunque encorvado y seguramente calvo. Un viejito en silla de ruedas andando con dificultad por los caminos de la isla, empujado por sus maduras manos de mujer.

Sintió un escalofrío de repente, y como no tenía intención de perder su diente, empezó a

comer el sandwich, masticando con las muelas.

—¿Mañana también tenés que ir con Sosa al monte?

—Sí, hija, y voy a volver tarde. Los astilleros están comprando poco, y con la subida del río, se nos complica llegar a Mantioca.

La Turka asintió, no entendía a que se refería, y dejó que continuara hablando de su trabajo. Miró sus pies sobre la tierra y observó los surcos que sin darse cuenta estaba haciendo con sus movimientos. Decenas de lombrices se movían nerviosas por entre sus dedos, intentando encontrar de nuevo el camino hacia sus agujeros.

—¿Sabías que no son ni hombre ni madre?

—¿Qué cosa?

—Las lombrices... Tienen una parte nena y otra parte nene, ¿ves? En esta época salen a reproducirse, por eso hay tantas...

Julián sonrió al escucharla y pensó que su madre tenía la misma costumbre de explicar la razón de ser de cada una de las cosas que le atraían.

—¿Y de dónde sacaste toda esa información, vos?

—Me dijo la Aye... Están la mayor parte del tiempo bajo tierra, como tantos otros bichos. Son ciegas y se mueven por cosas de luz o algo así... bueno eso no estoy segura...

—Bueno comé, que estás flaca... además así se

te termina de caerte. ¿Todavía lo tenés?

Natalia dejó por un momento las lombrices y se tocó el diente.

—Sí, todavía lo tengo. ¿Vos cómo crees que se sienten todo el día abajo tierra?

—No sé... supongo que aburrido, ¿no?

—Tal vez no, tal vez estás más protegido... Allá abajo no hay tantos bichos que las quieren matar...

—¿Segura?, ¿y las hormigas?, ¿los cascarudos?, ¿los escarabajos y escorpiones?

—Mentira, los escorpiones no van tan abajo, Julián.

—¿Y eso?

—¿Qué?

—¿Por qué me dijiste Julián?

—No sé... me salió... Además me gusta tu nombre.

—Pero a mí no. Me decís papá, ¿okey?

Natalia asintió, y por un momento sintió que su padre ya había envejecido. Los ojos cansados, la espalda demasiado vencida, la panza que sobresalía de su remera. Se sacudió las lombrices con los pies y quitó con las manos las que todavía colgaban de sus dedos. Luego le dio un mordisco al sandwich que le resultó extraño. Cuando se lo quitó de la boca sintió que una pequeña parte de su cuerpo ya la había abandonado.

La casa se la había comprado a una familia de isleños en un acuerdo que no involucró inmobiliarias, ni bancos, ni impuestos. Dinero en mano, escritura de la propiedad y una pequeña cabaña con un muelle de madera, un caminito de piedra y una gran mata de hierbas que la ocultaba de las miradas ajenas. Nadie sabía adónde se habían ido o si seguían juntos. Ni Marcelo, ni los Manzur, ni la policía.

Los años lo fueron acostumbrando a la vida en la isla y, a pesar de haberse criado en la ciudad, no tardó en aprender a talar árboles, usar la piragua como medio de transporte, luchar con las crecidas del río. La nueva experiencia era doble: criar a una niña y sobrevivir fuera de la civilización. Hubo días en que no fueron suficientes los remedios caseros para evitarle a la Turka los sarpullidos, el catarro,

las gripes o los parásitos que una y otra vez volvían a habitarla. Sin embargo, la nueva Turka, a pesar de no haber pisado un hospital ni una vez en varios años, era una niña saludable y fuerte. La vida al aire libre y la constante actividad física le habían dado todo lo que no obtenía de las vacunas y antibióticos que le negaba su captor.

Solo salía del Remanso para tomar la lancha que la llevaba a la escuela en la isla de enfrente y que la regresaba cuatro horas después. Desde su llegada a la isla, no había pisado nunca la ciudad, ni visto colectivos, negocios u otras personas que no fueran los ocho vecinos de la isla. A Brando ni siquiera su nuevo aspecto, con el pelo largo casi hasta los hombros y la tupida barba, le daban la tranquilidad necesaria para dejarse ver en tierra firme. Creía que estaban esperándolo desde el primer día, entre los árboles o sobre las canoas del puerto, ansiosos de que diera un paso en falso o pisara el continente para arrebatarse su libertad.

¿Por qué debemos vivir confinados en este rincón del continente? ¿Acaso habría que tener en cuenta a los demás, cuando el amor es un acto privado? ¿Debe el estado determinar los actos que se realizan en el ámbito de lo privado? ¿Por qué no dejarlo libre, como siempre a lo largo de miles de años? Quiero que seas vos y solo vos, había dicho

la vieja Turka la noche en que volvimos de Valizas. Ya eso debería alcanzar para callarlos. Pero no... Están sedientos de más. De desgracias y crímenes. De atentados y explosiones. Allí están, esperando que confiese para juzgarme. Miles de bocas que van a gritarme ¡Es él!, ¡el violador!, ¡el criminal!, ¡el que la secuestró! Me asociarán con los peores seres humanos que pasaron por la tierra, con los criminales más cruentos, hablarán del apropiador de Caraguatá, de la trata de personas, de padres y abuelos que buscan a sus hijos. Ahora, me pregunto, ¿les importa saber si ella quiere buscarlos o si está feliz dónde está? ¿Acaso alguien piensa en ella? ¿En qué la convertirán? Lo único que hice fue cuidarla de un vago que la tenía en condiciones penosas. Un tipo sin códigos, capaz de traicionar a su mejor amigo, un infame que terminaría tarde o temprano arruinándole la vida. ¿A eso quieren condenarla? ¿Y a mí? ¿Alguno de todos ellos sabe lo que es no haber tenido un minuto de felicidad hasta el día en que las conocí? ¿Tienen idea de lo que trata eso? ¿Creen que me puede importar otra cosa o que soy capaz de devolverla? ¡Claro que no! ¡Y tampoco de dejarla! Pero allí estarán los flashes y las cámaras de los periodistas que querrán tener mi foto. Usarán a la niña como experimento en los programas de la tarde. Le mostrarán todos esos afiches con su cara y las investigaciones al pobre

Gonnella, que seguro ya estará demasiado viejo, y me ensuciarán sin preguntarme nada. Ni de mis penas o mis privaciones por hacer este sacrificio... Yo no me prestaré a ese juego jamás. Antes prefiero cualquier otro castigo, aunque sea duro, pero el que yo me imponga. Cualquier cosa, antes de que me agarren para protagonizar ese show infame.

Natalia, sin embargo, vivía aquellos años sin estar al tanto de los tormentos por los que pasaba Julián. Los veranos eran la etapa más feliz del año, cuando su padre estaba más ocupado y no había horario para despertarse. Seguida por Ayelén, la hija de Sosa, hacían la recorrida de cabo a rabo por el Remanso. A uno y otro lado del río e incluso hasta el hotel abandonado salían llevando galletitas que ellas mismas cocinaban y que vendían a los vecinos o a los esporádicos turistas que se quedaban en la cabaña de Douglas. Por las tardes, bajo la sombra del olmo, juntaban hormigas y lombrices de la tierra y las metían en una pecera junto con hojas que arrancaban de las plantas. Conocía cada rincón de la tierra, cada surco, cada raíz, cada flor, y todos los días observaba los cambios que se producían y anotaba los detalles en una libretita que le había regalado Julián. Algunas veces, los bichos desataban guerras por el alimento y luchaban cuerpo a cuerpo, las hormigas solían llevarse las crías de lombrices

en los lomos como trofeos, aunque otras veces, algo sucedía y parecían convivir sin molestarse. La violencia y la paz habitaban el mismo recipiente.

Todo funcionó entre ellos hasta que la hija de la Turka cumplió los 13 años. No había escuela secundaria en las islas, y si quería seguir estudiando debía hacerlo en la ciudad. Julián, por supuesto, no se lo permitió. Tampoco le dio muchas explicaciones. Simplemente esperaba que se quedara con él para limpiar, cocinar o atenderlo cuando volvía del trabajo. Natalia, sin embargo, no cumplía ninguna de esas funciones. Se pasaba la mañana en su cuarto, en pijama, esperando la llegada de Ayelén para ir a pasar el día al hotel abandonado. Cada vez se hablaban menos, compartían menos tiempo, se sentían incómodos el uno con el otro. La grieta, día tras día se hacía más profunda.

Partiendo de la base de que la antigua Turka y la nueva son idénticas físicamente, salvo por el color

de piel algo amarronado de la segunda, en el aspecto emocional encuentro notables diferencias. La Turka original mostró desde edad temprana un carácter predispuesto a la armonía. Se ocupaba a diario de tender la cama y de preservar el eje utilizar-archivar, del que están cimentadas las bases de cualquier actividad humana y hasta de algunos animales. Un ejemplo claro de esto era la manera en que tomaba su desayuno. Bebía el café casi hirviendo, se comía una galleta integral, enjuagaba la taza y pasaba un trapo a la mesada. Si veía que había alguna mancha, la rasqueteaba con la uña. La misma actitud tenía con sus libros, su ropa, y cada cosa que tocaba.

Su hija, en cambio, demuestra, en la misma competencia, una personalidad diametralmente opuesta. Lo evidenciaré con esta peculiar secuencia que era un hábito cuando todavía iba al colegio. Apenas abría la puerta de la casa decía “hola” al tiempo que atravesaba el salón, tiraba su mochila al suelo como pescado por la proa. Luego en el pasillo, se quitaba las zapatillas y las arrojaba con una patada a la puerta de su habitación y se arrancaba el guardapolvo del colegio como si le estuviera quemando por dentro. Acto seguido, con la puerta abierta y en completa desnudez, se ponía el camisón con el que andaba todo el día. El mismo con el que se trepaba a los árboles, salía a caminar

con su amiga y se acostaba en la cama.

En cuanto a la higiene, este es uno de los puntos con los que llegué a tener serias dudas sobre su identidad. Después de todo este tiempo juntos todavía no logro comprenderla. La Turka original tenía en consideración la limpieza como uno de los valores supremos de la vida. No había día en el que no se cepillara los dientes al menos cuatro o cinco veces. Se duchaba a la mañana y por la noche y cada dos días lavaba su ropa, tanto interior como la de calle. Se usa una vez y se lava, era su ley máxima. Llegando a aplicarla incluso, según decía, en sus viajes por Sudamérica. Cuando uno la saludaba y se acercaba a sus mejillas, lo que recibía era una caricia aromática. Desprendía un aroma intenso y dulce, cuando no, a flores. La cercanía física, sea la social o la sexual, eran un verdadero elixir para los sentidos. Sobre la hija de la Turka dejo como registro lo siguiente: (Nada).

El siguiente es un punto un tanto controversial. Si bien es cierto que la Turka tenía la libertad para desplazarse tanto como quisiese por el mundo y su hija no, es interesante, sin embargo, destacar ciertos aspectos. Por un lado, la madre era una persona con muy poca capacidad imaginativa, menos fantasiosa y como resultado, poco creativa. El hecho, de haber vivido tantas expe-

riencias en tan poco tiempo (sus aventuras con los hombres, los viajes por el mundo y su vida de consentimientos y caprichos) hicieron de ella una persona de abúlica visión y marcado pesimismo. Pero la joyita en cuestión presenta una original capacidad de adaptación y una creatividad sin límites. Tanto para inventar historias, montar las obras de teatro que hacemos en la casa o para mentirme en pos de algún beneficio, siendo este, casi siempre el mismo: pasar la noche con Ayelén. Al verse reclusa presenta una visión sumamente positiva sobre lo que espera del afuera y una ansiedad por devorar y aprenderlo todo. Consume cuanto ve en la televisión acerca de historia, geografía y arte. Al parecer, el encierro, dispara su lado artístico y la capacidad para crear fantasías.

Sin embargo, está conexión con sus sentimientos le hace olvidar el esquema en el que se basa el equilibrio de las relaciones humanas. Se expresa de una manera instintiva, como si la emoción más pura hablase por ella sin capacidad de reprimirla. Es capaz de decirle a Sosa que tiene mal aliento o a la señora Ramírez que la comida era horrible. Cuando tiene hambre o sueño, por ejemplo, es capaz de golpear a quien se le presente como obstáculo. Esta rara patología, que empezó a aparecer los últimos meses, le provoca emociones desaforadas. Cito un ejemplo: Estábamos

almorzando, cuando le ofrecí una pera de postre sin recordar que no le gustaban. En ese momento su rostro se transformó. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus hombros se pusieron rígidos y apretó sus mandíbulas. Todo su cuerpo destilaba furia. En cuanto quise disculparme y argumentar el descuido, agarró la fruta y la arrojó contra un árbol y se levantó intempestivamente. “¿Cuántas veces te dije que no me gusta la pera?!” me gritó y no apareció hasta varias horas después, al anochecer. Se apareció sucia y con cara de cansancio como si hubiera estado cazando todo el día, preguntando qué había de comer.

Está cada vez más parecida a su madre, los pechos firmes, las piernas robustas y la cadera que empieza a ensancharse, y hace algunos días observé una mancha de sangre en la papelera del baño por lo que estimo que grandes cambios se están produciendo en ella. El problema es que últimamente se muestra rara conmigo, distante, malhumorada, y por las noches ya no quiere dormir en mi cama. Semana tras semana, desde que cumplió doce años, muta en su personalidad. Lejos está de ser la niña afectuosa y dulce de los primeros tiempos. Se ha vuelto poco comunicativa, distante y con un deje melancólico, que espero no haberle transmitido. No compartimos más que la cena y, con frecuencia, hace preguntas que no estoy dis-

puesto a contestar. Tengo miedo de que mi tiempo se esté cumpliendo y el llamado de su otra sangre, la estancada y putrefacta, empiece finalmente a manifestarse.

Esa mañana, cuando les abrieron las rejas para salir al patio, Marcelo decidió quedarse dentro. El día estaba nublado y parecía que llovería pronto, así que prefería no mojarse las medias con el vapor del suelo y andar todo el día húmedo. Llevaba ya 10 años privado de su libertad y sabía que no le esperaba nada nuevo en el patio. Al funcionario le dio igual y siguió con su rutina. Su compañero de celda, un ex- boxeador ruso que cumplía condena desde el mismo período que él, prometió traerle algo de comer. Marcelo agradeció el gesto, volvió a la cama y al instante se quedó dormido.

Poco tiempo después despertó y desistió de seguir durmiendo. Sabía que sería en vano. Hacía meses que no lograba descansar más de dos o tres horas de corrido y los efectos del encierro ya se sentían en su organismo. Lo único que lo sacaba de la

realidad y le daba algo de fuerzas para seguir adelante era el deseo de volver a ver a su hija. Cuando ya no sabía qué hacer con las interminables horas en el penal, viajaba una y otra vez a sus recuerdos más preciados: el nacimiento y la cara de la Turka al recibirla en sus brazos, la primera vez que se bañaron en las playas de Río los tres juntos, o cuando dormían la siesta al sol en la pieza de Caraguatá.

Sin embargo, esa mañana no se podía concentrar en nada más que los ruidos chirriantes de las puertas de hierro al abrirse y cerrarse y los gritos de los otros internos jugando al fútbol en el patio. Estaba pálido y había perdido varios kilos los últimos años. Lo único que le interesaba era que el tiempo empezara a correr más veloz y pudiera salir como un tigre a intentar encontrar a su hija.

Dio vueltas en el húmedo colchón, se levantó, miró por la ventana que daba al patio, volvió a acostarse. Al poco tiempo, los ruidos de la reja nuevamente lo interrumpieron. Esta vez, era Benítez, su abogado, con su traje de liquidación y sus mostachos dalinianos, que después de casi de seis meses, venía a visitarlo.

—Marcelo, ¿cómo estás? —su tono estaba a mitad de camino entre la falsedad y la cortesía.

—Pasándola bomba, ¿no se nota?

El abogado, entrenado para este tipo de respuestas, se acercó y le dio ánimos con una palmada

en la espalda.

—¿Salimos un momento? Tengo algo que comentarte.

Caminaron por la unidad del penal, atravesaron los distintos pabellones y llegaron finalmente a la sala de visitas. Benítez, serio, resolutivo, saludó a cada uno de los funcionarios que lo esperaban para controlar la visita como si formara parte de una cinta industrial. Buscó una mesa cerca de la ventana, donde el resto de los internos disfrutaban los últimos minutos de contacto con el sol, y finalmente le habló:

—Calmate, no muestres ninguna emoción, y abrí tus orejas—. El brasilero sintió un repentino calor en la cabeza. ¿Habría aparecido Cloe? Benítez prosiguió.

—No quería decirte nada hasta no estar totalmente seguro, pero si todo va bien, salís en dos meses.

—¿Qué decís?

—Eso mismo, Marcelo—y comenzó a desplegar los documentos de la sentencia en la mesa.

—Una jueza municipal procesó a Gonnella por narcotráfico aproveché para presentarle tu causa y las empezaron a revisar. Con un poco de empuje, para Navidad estás fuera.

Marcelo leyó los documentos sin entender una palabra y se puso en pie algo mareado. Observó

a Benítez, que ahora parecía un niño sonriente ordenando los papeles como figuritas de un álbum y sintió una mezcla de adrenalina y profunda alegría. Se acercó a su apoderado, y con las manos temblorosas y el rostro emocionado, lo abrazó como si de ese gesto dependiera su vida.

La noche en el Delta estaba fresca. Solo se escuchaba el suave oleaje del arroyo golpear contra la canoa de Julián. La jornada de trabajo había sido pesada y calurosa, cortando madera todo el día en el monte, y necesitaba tomar algo de fresco y despejar su mente.

Cuando acabó el primer cigarrillo se armó otro, y luego un tercero que acompañó con un vaso de ginebra con soda. Tuvo que beberse al menos la mitad de la botella, sentado al borde de los escalones del muelle, hasta reconocer muy dentro de sí que no se encontraba bien. No. Definitivamente no estaba bien. Sentía que Marcelo rondaba cerca y que en cualquier momento podía encontrarlos. Lo percibía en todas partes, ocupando cada vez más espacios en el Remanso, donde ya no quedaba territorio que no haya sido ocupado por la imaginación

de su presencia. Sigiloso entre la maleza, machete en mano, esperando el momento justo para cruzarlo en la oscuridad a Julián y cortarle la cabeza. Hay noches en que es tanta la ansiedad que lo persigue, que tiene que remar durante horas entre los arroyos del Delta hasta la desembocadura del Paraná, a pocos kilómetros de la costa uruguaya, para tranquilizarse. Solitario entre dorados y pejerreyes que cada tanto saltan a la superficie, enciende la radio uruguaya, tira el ancla, y se queda allí hasta que el amanecer o el paso de algún buque lo despierta. Piensa. Mucho. Tira una línea, saca algún pez, lo devuelve al agua. La última vez que había ido a la ciudad, fue a Tigre y cometió el error de meterse en internet. Se encontró con mucha más información de la que hubiera querido saber.

¿Pero qué pruebas podrían tener después de tanto tiempo, más que los testimonios de Ana Manzur? Nunca nadie supo dónde me iba ni dejé mi nombre en ningún lado... Jamás me comuniqué con Gonnella ni con nadie de allá... Si me hubieran seguido en su momento ya me habrían atrapado pero, ¿por qué tengo esta sensación en la espalda como si tuviera a alguien detrás de mí todo el tiempo? ¿Y si Marcelo o la policía contactó a Sosa? Tal vez me están siguiendo el rastro, esperando el momento justo para arrebatármela. ¿Por qué no? Si

no, ¿para qué me contó Sosa esa historia de las ánimas el otro día? ¿Qué le pasó estas últimas semanas para comenzar a abrir la boca cuando siempre nos pasamos el día entero en el monte sin hablarnos? ¿Y los Ramírez? ¿Qué rol ocupan en todo este asunto? ¿Se ofendieron por no haber mandado a la Turka al colegio o tengo que creer que están todos complotando contra mí?

Se terminó lo que quedaba de la botella y cuando ya estaba empezando a refrescar, le pidió a la Turka que se acercara al muelle. La hizo sentar en la piragua amarrada, y después de dar algunas vueltas en el discurso lo dijo todo, tal cual lo había estudiado los últimos días. Luego le dio un beso y le dijo que se fuera a la cama.

Al otro día, Natalia se despertó con dolor de cabeza. Le latía la vena del lado izquierdo de la sien, pac pac, como las agujas de un reloj. Miró la hora y notó que era demasiado temprano. Volvió a su cama y se quedó mirando el techo un buen rato. Se sentía pesada. Lo que Julián había dicho la noche anterior le había afectado, aunque no sabía bien en qué sentido. De lo que sí estaba segura, es que aquellas palabras la habían desorientado por completo. Por primera vez, se había detenido a pensar en la posibilidad de su muerte. Podía sucederle. De

hecho, según Julián, le había pasado a su madre. Estaba enferma, dejó de ir al médico y ya no pudo recuperarse.

Se levantó de la cama y agarró su cuaderno para dibujar. Comenzó a trazar gruesas líneas de color rojo que iban creciendo en diversas direcciones. Luego las unió formando una especie de laberinto. Mientras lo hacía, pensaba en el asunto. Era extraño, pero sentía que hubiera sido capaz de interrumpir a Julián en plena descripción y agregarle datos y señas que se había olvidado de mencionar. Ni siquiera había hecho falta que continué hablando. Era como si ya lo supiese todo. La persona de la que hablaba era la figura con la cual había soñado desde que era una niña. No sabía si era un amigo invisible, algún tío lejano o el enemigo de la familia, pero algo era. Es más, creía que si se esforzaba, hasta podría nombrarlo.

Esa mañana, mucho más temprano de lo habitual Ayelén golpeó suavemente la ventana del cuarto. Sabían que Julián se iba los sábados hasta la desembocadura del Sarmiento para alcanzar la lancha supermercado y no volvía al menos hasta después del mediodía. Querían aprovechar esa situación para intentar cruzar el río por la parte sur y visitar a Briozzo, el rubiecito de séptimo que festejaba el cumpleaños; pero un imprevisto interrumpió sus planes. Fueron a la cocina y empe-

zaron a preparar el desayuno, cuando vieron por la ventana de la cocina que las ramas del ceibo, cerca del galpón de herramientas, se movían sin motivo aparente. Se subieron a la mesada y vieron a Julián que bajaba del árbol, saltaba al suelo y caía con perfecto equilibrio. Llevaba un suéter rojo, un jean, y miraba nervioso hacia todos lados, en especial, hacia la habitación de Natalia.

Se escondieron de su vista. Al principio no lo habían reconocido, ¿qué hacía vestido así en verano?, pero al mirar más detenidamente, se dieron cuenta de que era él. Por alguna razón, no había ido a hacer las compras y parecía esconder algo en la tierra. Lo vieron meterse en el galpón y luego salir con una pala y un maletín y escabullirse entre la maleza. Cuando se fue, se acercaron a ver lo que había hecho, pero no encontraron más que tierra removida. De repente Natalia sintió náuseas. Fue un flash en su cabeza lo que lo produjo. Una imagen tan vívida que le produjo mareos. Era un cadáver lo que veía. El suyo. Un cuerpo frágil y blanquecino siendo desenterrado y enterrado en otra parte de la isla, en una zona en la que nunca había estado. Sintió un súbito calor en el estómago, y sin tiempo siquiera para explicaciones, se metió corriendo en el baño. Entre los restos de vómito desperdigados por el suelo, creyó ver dos o tres lombrices se movían frenéticas.

Comenzaron a andar con ritmo cansino en dirección al hotel abandonado. El día estaba caluroso, pero la sombra de las plantas que componían la primera capa de árboles hacían soportable la caminata. Conocían el camino de memoria, alrededor de las cabañas de Ramírez y cruzando el pantano que termina en el río Carapachay; así que en poco más de media hora llegaron. Un inmenso predio sindical con una pileta habitada por roedores, canchas de tenis a medio construir y cincuenta habitaciones plagadas de basura, gatos y cucarachas. El único lugar que se conservaba era la recepción, que iba a funcionar como una especie de puesto de control, alejada del edificio principal, y a pocos metros del muelle. Por allí subieron, trepando por las ventanas enrejadas.

—Me contó Sosa que cuando empezaron

a construir este lugar participaron todos los de la isla —Ayelén llamaba a su padre por el apellido—. Dicen que venían también albañiles desde Buenos Aires y que iba a ser un hotel de varias estrellas. Estuvieron como dos años y también ayudaron mis tíos y mi abuelo. Pero después, no sé qué pasó con la plata y con los planos, que estaban mal o algo así, y dejaron todo como estaba. No vino nadie más. La posibilidad de lo que podría haber sido El Remanso, según mi papá.

La Turka miró alrededor y trató de imaginar lo que podría haber sido del hotel si lo hubiesen terminado. Familias yendo y viniendo, música, actividades deportivas, chicos de todo Buenos Aires. Ahora, solo botellas rotas de cerveza, bolsas de plástico viajando por los ríos, hierbas salvajes adueñándose el territorio.

Se recostó sobre las piernas de Ayelén, dejando que le acariciara el cabello. Luego de cavilar largos minutos, se decidió a hablar.

—Ayer me dijo algo mi papá, pero no sé si te lo tendría que contar.

—¿Qué cosa? Te pusiste pálida de repente.

La Turka se levantó y caminó unos pasos hasta el borde del techo. Se quedó pensando unos segundos, antes de pronunciar aquellas palabras. Luego las repitió en el mismo tono en que fueron dichas:

—Algún día puede que aparezca un tipo con acento raro que dice ser tu papá, me dijo. Tiene los ojos redondos y la nariz ancha, y es más bajo que lo normal. Se va a hacer el amable charlando o quizás te quiera subir a una lancha. Tiene fotos de cosas horribles que les hace a las nenas. Si las saca, no las mires. Te va a decir que éramos amigos y que se enamoró de mamá. Es mentira... Aunque te parezca bueno, es un loco que nos busca para matarnos. Si lo ves, me llamás o salís corriendo. Pero no le avisás a nadie ni decís donde vivimos.

Terminó la frase, resopló angustiada y se quedó mirando el río. Vio pasar a Briozzo en una lancha con algunos compañeros suyos, pero no tuvo fuerzas para señalarlo. La hija de Sosa no daba crédito a lo que había escuchado.

—¿Pero por qué quiere matarlos?

—No sé.

—¿Y si se te aparece? ¿Llamaron a Prefectura?

—A mi papá no le gusta Prefectura —Natalia bajó del techo y empezó a caminar hasta la pileta—. Además no hace falta. No va a pasar nada.

—¿Cómo? No entiendo...

—Es que creo que lo recuerdo. Cuando le dije que ya lo sabía me miró con cara de espanto.

—Me estás dando miedo... —Ayelén se acercó al borde del techo, bajó por las rejas de la

recepción y caminó hasta la pileta.

—Pará un minuto, Aye, no te muevas...

—¿Qué pasa?

—¿Oís ese ruido?

—No me asustes.

—Parece un tambor o algo así... Ahí volvió...

—Yo no escucho nada...

—Es un sonido raro, como si fuera metal.

—Será alguno de esos tipos que se mudaron al final del arroyo. Son hippies de Buenos Aires.

—No, es otra cosa... —La Turka volvió a la recepción y trepó por las rejas hasta el techo—. Es como ese sueño que tengo... Julián está en calzoncillos, de pie, y mamá está súper linda con su vestido de la fiesta de quince. Es como si los tres estuviésemos congelados saltando en una cama, pero lo que me asusta no es eso, sino que papá tiene la cara como borronada. Le digo que me hable, que me la muestre, pero siempre la esquivo. Entonces con todas mis fuerzas trato de acercarme a él, voy despacito para intentar verlo, pero ese sonido metálico empieza a sonar cada vez más fuerte y cada centímetro que avanzo, él se va alejando cada vez más. Me muero por el esfuerzo que hago, pero nunca logro avanzar. Hasta que me agoto y me pongo tan nerviosa que empiezo a llamar a alguien a los gritos.

—¿A quién?

—¡Cloe! ¡Cloe!, grito. Pero ella nunca aparece.

—¿Quién es Cloe?

—No sé. Pero de alguna manera tengo que averiguarlo.

Rara vez las cosas que se esperan durante tanto tiempo y con tanto ahínco, resultan ser como las imaginamos. Quizás, de tanto pensarlas y corregirlas, alargarlas, modificarlas y crearlas nuevamente, las alejamos del impulso inicial y las convertimos en una fantasía que, la mayor parte de las veces, desilusiona. Marcelo había pensado demasiadas veces lo que haría en sus primeras horas fuera del penal. En primer lugar, pedirle a su abogado que lo llevase a la costa del río y que lo dejara correr durante horas por la orilla como un animal salvaje. Luego, darse un banquete en ese restaurante brasileiro del barrio de Belgrano donde hacían la mejor feijoada de Buenos Aires y los mejores churrascos. Comer hasta dejar de pensar, beber hasta volver a sentir deseo por la vida, fumar hasta ya no sentir el olfato. Luego, ir hasta la puerta

de la casa de Gonnella en Caraguatá, previa compra en una estación de servicio de un bidón de nafta, y prenderle fuego el patrullero. Hacer lo mismo con el frente de su casa, con sus asquerosas plantas y ligustros que pretendían tapar la vista a los que pasaban por allí y que ardiera su auto, su casa, y de ser posible, él mismo y su hijo. Por último ir hasta el kiosco de Tortuga y echarle una bomba casera, de esas que los anarquistas le habían enseñado a fabricar en la cárcel, y verla explotar en sus narices y contemplar como las golosinas podridas saltaban junto con él. Ir a buscar a su madre Flora, subirla a un taxi, usar el dinero ahorrado para llevarla al aeropuerto y salir lo más rápido posible de Argentina.

Sin embargo, nada de todo eso sucedió. Cuando subió al auto de su abogado, viajando por las autopistas del norte, se dio cuenta de que le faltaba coraje, dinero, y que tampoco tenía fuerzas suficientes. Todo seguía igual allá afuera, aunque se veía completamente distinto. Su primera noche en libertad, simplemente se bebió una fría cerveza con su madre y habló largamente sobre todo lo que había pasado estos años. Luego se fue a dormir.

Al otro día se despertó renovado. Sin goteras en el techo, ni discusiones de otros reclusos, había logrado dormir profundamente. Lo único que quería era ponerse en marcha cuanto antes para empezar a buscar a su hija. Almorzó junto a su

madre en el patio. Luego se puso una gorra y unos anteojos de sol y salió a la calle. Caminó por Caraguatá con la certeza de que nada había cambiado en su ausencia más que algunas veredas arregladas y los carteles de la calle que había modificado el nuevo intendente del municipio. Todo seguía igual, las casas bajas de persianas cerradas al mediodía, los perros contra las rejas del patio ladrando a cada desconocido que pasaba, la soledad de los jubilados siempre encerrados.

Caminó hasta la parada del 164 y se bajó a pocos metros de la casa de los Manzur. Antes de llamar, encendió un cigarrillo. Demoró más de lo habitual en terminarlo y luego se prendió otro. Se quedó contemplando las veredas, cada una con el toque personal de cada vecino. La de la Turka era de un azul profundo, con figuras geométricas que se asemejaban a los dibujos de su cuarto. Un chalé elegante de donde habían salido las dos alegrías de su vida. Y las peores desgracias.

Tocó varias veces el timbre pero nadie contestó. Incluso golpeó las palmas un buen rato, pero tampoco. Las persianas estaban bajas y no parecía haber signos de que ningún ser vivo estuviera allí más que las enredaderas que habían cubierto todo el frente. Estaba por marcharse, cuando notó que desde la esquina, el hombre de la garita de seguridad le hacía señas. Un tipo bajo y ancho que salió

de la cabina para hablarle.

—¿Marcelo?, ¿qué decís, tanto tiempo? —e intentó darle un abrazo que el brasileño esquivó por reflejo.

—Ah, Gómez. ¿Qué tal?, no te reconocí.—y sacó otro cigarrillo del bolsillo de la camisa—. ¿Tenés fuego?

—No fumo más, negro—. Perdoname, negro, pensé que eras uno que estaba pidiendo ropa. Pasan todos los días.

Marcelo sintió esa pulsión, tantos años reprimida en la cárcel, que le pedía volver a salir. Hubiera querido apagarle el cigarrillo en la cara y luego gritarle. Pero no lo hizo. Hubo un silencio incómodo, en cambio.

—Estoy buscando a la Manzur, Gómez, ¿sabés algo?

—¿Qué? ¿No te enteraste? —y el seguridad estiró el cuello tratando de acercarse más al brasileño—. Roberto murió hace unos años.

Marcelo tiró el cigarrillo y amagó con largarse, aunque regresó luego de dar dos pasos. Quería gritar; sacudir a Gómez como un árbol de naranjas, pero se reprimió.

—¿Y de Ana? ¿Qué sabés de ella?

Gómez acomodó su boina y se subió el pantalón. No sabía qué responderle. Por un lado, conocía a Marcelo de adolescente y jugaba al fútbol

con su hijo y Brando en el club del barrio. Por el otro, desde hacía algunos años su trabajo era vigilar la zona residencial del barrio y no dar información a nadie. Había demasiadas casas desvalijadas a la hora de la siesta o en vacaciones y los vecinos, sus clientes, desconfiaban de quién o quiénes pasaban información a los delincuentes.

–Necesito hablar con ella, Gómez. Es mi suegra.

–Lo sé, negro, pero de verdad que no hay nadie en la casa.

Marcelo insistió pero el seguridad no dio el brazo a torcer. El padre de Cloe no podía perder de ningún modo esta oportunidad. Se acercó y le sostuvo la mirada sin decir nada. Un felino dispuesto a todo por recuperar a su cría.

–Decime donde está...

–Me comprometés, en serio...

Marcelo decidió aplicar la intimidación, se puso a pocos centímetros de su cara y le apretó del cuello. Gómez se puso nervioso, le esquivó la vista y finalmente le dio la respuesta que necesitaba.

–Está en el geriátrico del Alto. Pero no está bien, está senil... No creo que te sirva mucho.

Marcelo lo soltó y sin agradecerle, corrió hacia la parada del colectivo.

Estaba seguro de que algo ocultaba la Manzur. Ella había estado presente la tarde del secuestro de Cloe, pero había declarado cosas que no parecían tener sentido. Que Brando era un amigo de la familia que había dicho que se despedía por un tiempo, pero que no les había dicho adónde ni por qué. Y que todo sucedió en un segundo. Que al mismo tiempo que se agachaba para convencer a Cloe de sacarse una foto con un payaso, la tocaron de atrás y le metieron mano en la cartera. Se escuchó el ruido de un petardo, la gente salió corriendo, lo vio escabullirse lentamente entre la multitud con Cloe en brazos y que cuando empezó a gritar ya lo había perdido de vista entre la gente.

—Martín, un sobrino de Ana Manzur. —y eso fue lo primero que se le ocurrió al tocar el timbre en el geriátrico.

La recepcionista consultó con alguien y al poco tiempo le abrieron el portón eléctrico. Siente que entra a la roda de Capoeira. Saluda al berimbau y se santigua. Observa el caserón de estilo andaluz con un inmenso y cuidado jardín en la entrada y una fuente seca rodeada de jazmines. Se acerca hasta allí, se agacha a observar las flores y en un rápido movimiento, corta tres flores con su navaja y las esconde tras su espalda. La caminata es larga, muy larga y no faltan las ganas de acelerar el paso y dar algunos saltos y patadas para descargar un poco de energía. “Hay que estar frío, muy frío”, se repite y respira hondo. Una chica muy joven y con dos enormes tetas le pide que tome asiento y le dice que ya traen a su tía, que terminó de comer hace muy poco.

—¿Querés un café o un té? —Él se niega y solamente pide un vaso de agua del dispensador.

Se sienta en uno de los sillones de cuero y bebe de a pequeños sorbos como si estuviera caliente. La espera se hace larga. Muy larga. La televisión con las mismas noticias de siempre lo agobia tanto que comienza a caminar por la sala. Se vuelve a sentar, hojea una revista de chismes, pide otro vaso de agua. Tetas grandes se lo da y le deja una panorámica de su escote. “Hay que estar frío, muy frío”, se dice y esta vez lo bebe de un saque. Espera otro rato. Está por preguntarle a la chica

cuánto falta cuando escucha que vienen del pasillo dos empleadas que traen a la señora Manzur tomada del brazo y se la entregan como a una novia en el altar. Tiene los ojos vidriosos y se la ve demacrada, con el pelo canoso y débil, completamente despeinado.

—¿Cómo está tía, tanto tiempo? —Marcelo, rápido de reflejos le entrega el ramo de flores—. ¿Te gustan los jazmines?

Ella no contesta, simplemente mira el suelo abstraída, y se deja llevar.

—Venga, vamos afuera a tomar aire —insiste y la ayuda a dar paso tras paso hasta salir al jardín.

Se la nota tensa a la Manzur, con los músculos de la cara contraídos más que de costumbre, pero ninguno de los empleados se dio cuenta. Es evidente que la paciente no está bien de salud, pero nada indicaría que el tipo que viene a saludarla, no le es familiar. Caminan del brazo y dan toda la vuelta al parque hasta llegar a una zona alejada de la recepción. Los sauces, las magnolias y las alegrías avivan la mirada de la abuela de Cloe, que no puede quitarles la vista de encima. De pronto, ve algo en la tierra y detiene el paso. Marcelo se inquieta un poco, pero la deja. Ve cómo Ana intenta agacharse a tocar las flores, pero su cuerpo no le responde. Hace fuerza como un bebé cuando quiere mover cosas y no lo logra.

—Mire que bien se la pasa acá. Una zona privilegiada de la ciudad, respirando aire fresco. ¿No estarán pensando en construir un estanque con patos o una pileta con trampolín para que los abuelitos se tiren de cabeza, también? —la Manzur no responde, continúa absorta contemplando una pequeña flor que imagina tener en su mano—. Si hasta tienen tiempo para salir a pasear, ¿no? Si uno sabe que al menos una vez al día se sale a tomar aire la jornada se planifica distinto. Ya desde la mañana va esperando el momento y las horas se le pasan más rápido. Entre el desayuno y la digestión se hace la hora del paseo y el día tiene otro sabor, ¿no? ¿Sabe cuánto hubiera dado yo por eso? Dar un paseíto por un jardín lleno de plantas y que nadie se fijase en mí, dejar de escuchar esa misma pregunta de mierda que me hacen todo el tiempo: “¿De dónde sos, negro?, ¿de Brasil? ¿De qué cuadro? ¿Flamengo o Sao Pablo?, ¿Cruzeiro o Palmeiras?” ¡Me vine a los diez años, la concha de tu madre! Pero, no se preocupe, acá no pasa eso... A lo sumo viene un empleado y si te pones nervioso te tranquiliza, o te da alguna pastillita. Pero allá, no. Allá en la cárcel, si por ejemplo, alguien me hubiera apretado el brazo así, ¿ve? —Marcelo le aprieta el brazo y Ana emite un gemido sordo de dolor—. ¡Epa! Bueno, no es para tanto... Al menos tuvo la libertad para expresar la molestia. ¡Yo, ni

eso! No se podía uno relajar y llorar a moco tendido si tenía tanta gente encima... Tampoco deprimirse o ponerse contento. Acá, sin embargo, lo único que veo son enfermeras que se desviven por airear un poco a los viejos. Limpiarle la mierda a una vieja con Alzheimer no creo que esté tan mal, ¿no? Hasta yo lo hubiera hecho con tal de no estar preso. ¿No le parece?

Bruscamente, la coloca frente a sus ojos. La Manzur llora por el dolor, pero es un llanto mudo, ahogado y solitario.

—Vos arreglaste todo con Brando para que me metieran preso, ¿no? —insiste, pero ella, aunque enfoca sus ojos por primera vez en él, no responde.

—Se juntaron para arreglar el asunto, pero te salió mal, parece... Perdiste a tu hija, a tu marido y a tu nieta—. El brazo de Ana es débil y repleto de venas, suave como una trepadora recién podada que poco a poco empieza a perder fuerza.

—¡Hablá vieja! ¿Dónde está ese hijo de puta? —grita de pronto y la acerca a pocos centímetros de su cara—.

Ana percibe sus intenciones. Lo conoce, sabe quién es, más no logra recordarlo. Y aunque no puede expresar del todo su rechazo, empieza a mover inquietamente la cabeza y a transformar sus gestos en una máscara distinta de la que tenía.

—¿Qué te pasa? ¿Te quedaste muda o te car-

come la culpa, conchuda? —y de la impotencia la empuja al suelo—. Se escucha un gritito ahogado que en segundos alerta a las enfermeras. Ana se toma la cadera y abre los ojos desesperada pidiendo ayuda. Marcelo no cede.

—¿Dónde está tu amiguito? ¡Cantá!

La Manzur no responde. Los enfermeros se acercan. Marcelo la mira por última vez, escupe el suelo y sale corriendo hasta el límite de la propiedad. Trepa como un gato por el muro y cae al otro lado en cuclillas. No se escuchan aplausos ni sonido del berimbau, solo los gritos de la Manzur y de los empleados.

Julián manoteó el reloj despertador y se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde. En poco menos de media hora pasaba la primera lancha colectivo y no podía perderla. Se vistió rápidamente, se lavó los dientes, le dejó una nota debajo de la puerta a la Turka, y con un café frío en el estómago se fue al trote hasta el muelle principal.

Gonnella despues de varios años habia logrado ubicarlo, sabía que estaba en las islas, probablemente no en cuál de todas pero le habia dejado una carta por medio de un lanchero. Le decía a su hijo que estaba enfermo y que queria reunirse con el para hablar de un asunto importante con su cuenta en dolares. Julián había vivido todos estos años parte con la indemnizacion de su ultimo empleo en la ciudad y en parte con los trabajos en la maderera que hacia con Sosa, el padre de Ayelen.

Pero el dinero ya no alcanzaba.

Gonnella le decía de encontrarse en la sucursal del banco Nacion en pleno centro. Julián no tenía ninguna intención de volver a verlo o de poner su cara en la ciudad. No quería ir, incluso podía ser una trampa, pero no tenía alternativa. Necesitaba ese dinero si quería seguir manteniendo segura a la Turka. Quería comprarse una lancha y no tener que depender más del transporte público fluvial. Amarrada en los fondos de la casa, lista para huir por el lado este de la isla, si en algún momento fuera necesario. Así sí podría volver a dormir tranquilo por las noches. La Turka tranquilita en casa, el arma cargada, la lancha lista para zarpar.

Después de bajarse en el puerto de la ciudad de Tigre se tomó el tren a Buenos Aires. Una hora y media después llegó a la Capital. Llevaba una gorra y unos anteojos de sol que se mimetizaban con su pelo largo y su barba de semanas, por lo que creía que no sería fácil vincularlo con las fotos que circulaban por internet. Sin embargo, en cuanto bajó en la estación de Retiro, empezó a sentir nuevamente esa presencia perturbadora. Pisó la vereda de la gran avenida, y de pronto, en una especie de lapsus, dejó de escuchar las bocinas, el ruido de arranque de los colectivos, el bullicio de la ciudad. Un zumbido se apoderó de su cabeza. Similar al pitido de una prueba auditiva, agudo y constante,

aunque lejano. Trató de seguir caminando, abriéndose paso entre la muchedumbre, pero cuánto más intentaba relegarlo, mayor era el pitido. Necesitaba solamente encontrar a Gonnella, retirar el dinero e irse cuánto antes de allí, pero era tal la cantidad de hormigas humanas concentrada en las veredas, que no lograba reconocer las calles ni encontrar la sede del banco.

Caminó un buen rato por el microcentro porteño hasta que sin darse cuenta llegó hasta la entrada al Riachuelo, en el corazón de la Boca. Cuando reconoció el lugar, se metió por una de las estrechas calles del barrio y se refugió en la parada de un colectivo para intentar calmarse. Quiso concentrarse en las imágenes que estaba viendo: el viento que movía la copa de los árboles, los carteles publicitarios, los perros vagabundos que esperaban en la puerta de un bar, pero mientras lo hacía, percibió que detrás de él había dos hombres más bien bajos, que parecían mellizos, que no dejaban de observarlo. Llevaban trajes de capoeeristas y un tambor en una funda de cuero y estaban hablando sobre un cambio de recorrido en la línea.

“¿Quiénes son esos dos tipos?, ¿me habrán reconocido? Quizás hay fotos mías por toda la ciudad... ¡El apropiador! ¡El delincuente que tiene encerrada a la Turka! ¡El violador de Caraguatá! Miles de bocas gritando mi nombre y pidiendo mi

cabeza... ¿Quieren condenarme a estar solo, angustiado? ¿Alguno de ellos sabe lo que era mi vida antes de conocerla? ¡Llévenlo a Devoto o a Caseros!; o peor, ¡A Sierra Chica donde se matan entre ellos y juegan al fútbol con sus cabezas! ¡Dios mío! ¿Qué me está pasando? No puedo controlar ni siquiera lo que pienso”.

De repente, dejaron la conversación y se dirigieron a él: —¿Sabés a qué hora pasa? —preguntó el más moreno pero él ni siquiera abrió la boca; empezó a correr en dirección al río.

Cuando llegó a La Boca, miró la hora. Todavía faltaba media hora para el encuentro, aunque no sabía bien cómo ir ni si llegaría a tiempo. Se metió por la zona de Caminito, luego tomó la calle Brandsen y atravesó las vías del ferrocarril hasta la entrada de la Bombonera. El aire allí era todavía más sofocante y los callejones invadidos por comerciantes y autos estacionados de cualquier manera le hacían todavía más difícil la salida. Sentía que todos estaban mirándolo atentos. Los ancianos en los balcones de los conventillos, las señoras que charlaban en las puertas, los chicos que jugaban al fútbol en la vereda. Incluso un paseador de perros, parecía hacer un esfuerzo por controlar a sus bestias. Él los miró aterrorizado, todavía con el zumbido retumbando y siguió corriendo, tratando de que aquello terminase pronto.

Encontró una calle angosta que terminaba en un descampado y la atravesó hasta llegar al Parque Lezama. Pero solo la sensación de asfixia mermó. El zumbido y la persecución que sentía seguían allí, se intensificaban cada vez más. “Debe ser una señal de alerta. Deben estar cerca. Tengo que salir cuanto antes si quiero mantenerme vivo.”

Atravesó la autopista por debajo, entre las viviendas precarias de los sin techo, y luego de una última corrida atravesando el barrio de San Telmo y la Plaza de Mayo, llegó a la estación Leandro Alem. Compró el pasaje y bajó las escaleras mecánicas a toda velocidad. A los cinco o diez minutos arribó un tren. Las puertas se abrieron y un caudal impresionante de gente fue escupida del vagón. Se abrió paso con los codos en alto y, a pesar de los insultos y empujones que le dieron, logró entrar. Había una presión equilibrada y muy tensa en el tren. Distintas partes de diferentes cuerpos apretaban el suyo y formaban una masa de plastilina urbana que cubría la superficie del vagón. Se giró lentamente hacia el otro lado para intentar tomar aire, cuando creyó ver a Marcelo. Estaba sentado, vestido con un traje oscuro y leyendo un librito pequeño que parecía una biblia. Intentó bajarse rápidamente, dio algunos codazos, pero la fuerza que la masa de pasajeros ejercía no lo dejaba y se

le cerraron las puertas en la cara. Temblando, se escondió entre dos pasajeros fornidos que lo ocultaban con sus espaldas, y desde allí observó nuevamente. El hombre estaba demacrado y viejo, había perdido el pelo o tenía alguna enfermedad en la cabeza.

“¿Qué hace acá? ¿Cuándo lo liberaron? ¿Me está siguiendo o es una horrible casualidad?”

A medida de que pasaban las estaciones logro alejarse mas de su vista. Marcelo o lo que le parecía que era Marcelo seguía ahí. El húmedo calor que emanaba del subte, en pleno verano y sin ventilación, lo ahogaba, y ya no podía distinguir un pasajero de otro. Finalmente lo vio bajarse en Tronador, y pudo aliviarse. Juntó fuerzas y con el empuje de los pasajeros al bajarse en la siguiente estación, se escabulló y logró pisar el andén de la estación Lacroze. Subió las escaleras corriendo y sintió que por unos instantes el zumbido desaparecía. Respiró profundamente y se paró en la puerta de un bar para intentar recuperar fuerzas, cuando divisó la parada de colectivos de larga distancia. Con sorpresa se dio cuenta adónde lo había llevado la marea de la ciudad. De repente se hallaba frente al cementerio de la Chacarita. El lugar donde había empezado todo. El lugar donde estaba enterrada la Turka. Una fuerza incontrolable lo impulsó a meterse dentro, a intentar verla por ultima vez.

Esperó impaciente a que el semáforo le diera paso y atravesó la transitada avenida. Parecía que tampoco el cementerio había cambiado en su ausencia. Estaba igual de sucio y deprimente que la última vez, los muros tapados por completo por enredaderas y los floristas de la puerta custodiando inertes la nada, espectadores de la desidia de los porteños.

Pasó el control de seguridad, un tipo vestido de civil que miraba con displicencia a la gente entrar y salir, y se metió al solar. Tomó la primera calle que salía a la izquierda, pasó por los panteones ilustres y luego desembocó en una callecita empedrada, totalmente vacía, solo cubierta por miles de hojas de árboles de un verano que, en esa parte del cementerio, se hacía pasar por otoño.

“¿Habrà que buscar por apellido o se podrá preguntar en la entrada? ¿Por qué no me acuerdo si vine miles de veces? Pero no, si pregunto voy a alertar a todos y me pueden encontrar más fácilmente”.

Siguió caminando hasta que divisó una calle que desembocaba en una zona arbolada y con bancos de madera. Hacia allí fue y se sentó bajo la sombra de un eucaliptus. Cerró los ojos y trató de tranquilizarse.

“Ya está, ya pasó. Fue un momento horrible, nuestro cuerpo se puso muy nervioso y casi en-

loquecemos, pero ya tenemos de vuelta cordura, ¿ves? Podemos hablar y pensar adecuadamente y hasta recordar el regalo que nos pidió la Turka. Un pantalón de verano, de colores claros y la trilogía de películas de Harry Potter. ¡Muy bien! Era solamente cuestión de descansar algunos minutos, controlar la respiración y regresar sin sobresaltos. No era él... Teníamos la vista nublada por el mareo. Además no podía estar en libertad tan pronto y vestido de esa manera. Solo nos pareció. ¡Eso! Respiremos profundo y nos vamos tranquilizando de a poco. Acá no hay nada que nos pueda lastimar. Ahora vamos a buscar a la vieja Turka. Estar cerca de ella nos tranquiliza. Todo está bien, Gonnella puede esperar hasta mañana, no hay problema. Solo unos segundos de descanso”.

Se durmió. Por un momento creyó que estaba en su casa del Remanso, en la mecedora de la entrada, con vistas al muelle. Tenía una botella de Whisky en una mano y en la otra la hormiga de peluche de cuando la Turka era Cloe, allá en Caraguatá. Se mecía bebiendo de tanto en tanto, esperando que de un momento al otro las Turkas aparecieran desde el caminito que viene del Sarmiento, caminando de la mano, ansiosa por llegar a su encuentro. Primero aparecía la Turka madre, igual que la última vez que la había visto viva, con calzas negras, una remera rosa y el pelo atado en una cola

de caballo. Pero no estaba sola. Venía tomada de la mano de alguien a quien no distinguía, y cuando llegaban a pocos metros de la puerta de su casa, ella se detenía y lo miraba intentando recordar si lo conocía. Luego negaba con la cabeza, y se daban media vuelta. Él la llamaba a gritos, “Soy yo, Turka. Brando, el mismo de siempre...” Pero ella seguía negando como un autómatas y junto con el acompañante bajaban por el muelle y se sumergían en las aguas del río sin detenerse y desaparecían de su mirada. Él se desesperaba y corría para detenerlos, pero a medida que se acercaba al muelle, el aire empezaba a cambiar de repente y un frío seco que parecía más de montaña que de selva hacía su entrada. Las aguas empezaban a crecer drásticamente y en un instante el arroyo se desbordaba y los peces daban aletazos inútiles en tierra. El agua turbulenta del Chamaycay avanzaba directamente hacia él y en poco tiempo alcanzaba sus pies, luego sus rodillas, su torso, su cabeza...

Apenas volvió del sueño sintió una respiración en la nuca. Una bocanada de aire fétido, hartos conocida por él, que le produjo escalofríos. Sin siquiera pensarlo se levantó y comenzó a correr desesperado. Agarró el primer callejón que vio, dando largas zancadas en dirección hacia la que creía que era la salida, retomó la calle de los panteones, después la de los NN, hasta que finalmente encontró

un cartel que indicaba la salida sur del cementerio. “¿Es la policía o es él? ¿Cómo me encontraron? ¿Cómo hago para llegar a un teléfono y avisar a la Turka?”

Logró escapar por una pequeña puerta que parecía que usaban los empleados y se detuvo para registrar dónde estaba. No reconocía la zona. Una calle angosta, rodeada de basura, entre la villa y los muros de enredaderas del cementerio. Nadie pasaba por allí, ni colectivos ni taxis, y su perseguidor parecía cada vez más cerca. Dobló hacia la calle que creía que lo llevaría a la puerta principal. De algún lado comenzaron a tirarle piedras, cantos rodados y escombros que silbaban como balazos que esquivó saltando como pudo. Cuando volvió a mirar no vio a nadie, pero al volverse, allí estaba de nuevo el Marcelo del subtem pero esta vez con el pelo muy largo y barba de semanas, como un linchera, totalmente irreconocible, salvo para Brando. Iba con tres o cuatro personas más corriendo hacia él, sin perderle pisada. Al verlos, Julián, arremetió rumbo a la avenida y con sus últimas fuerzas logró cruzar la rotonda justo antes de que cambiara el semáforo. Evitó que lo atropellara un auto, y luego un taxi, pero no pudo escapar de que lo embistiera una bicicleta que lo tiró contra el cordón de la vereda. Escuchó los insultos del chico que la manejaba, se puso en pie de un salto, vio un taxi estacionado a

pocos metros de él y corrió a buscarlo. Se subió y trabó la puerta.

—Te pago el doble, pero sacame ya de acá— le ordenó al conductor. Este, sin titubear, puso en marcha el auto y salió acelerando a fondo.

Recién cuando el vehículo dejó atrás el centro de Buenos Aires y tomó la autopista rumbo a Tigre, pudo reflexionar sobre lo que había sucedido. ¿Era posible que Marcelo lo estuviese siguiendo por el centro? ¿Lo había seguido desde El Remanso o lo había reconocido en la ciudad? ¿Estaría esperándolo ahora en la casa? Aunque, si era él, ¿qué hacía así vestido y con un maletín en la mano.

“Quizá lo mejor sea volver a la ciudad, sacar dos pasajes en micro y cruzar la frontera por Bolivia. Empezar de cero en algún pueblito del Altiplano, lejos de todos y sin posibilidad de que nos encuentren. ¿Por qué no lo hice antes? Ahora todo se está volviendo más complicado y ya no tenemos muchas alternativas. ¿Con qué excusa la saco de la casa a la Turka? Habría que dejarlo todo nuevamente, sin despedidas. Prender fuego todo, huir y volver a ser nosotros, como cuando llegamos al Delta... Pero también podría ser una locura dejar la única seguridad que tenemos. Después de todo, en todo este tiempo no pudieron encontrarnos. ¿Qué tendría que hacer, Dios?... ¿Y si no era él? ¿Y si fue el sueño de anoche que me perturbó? ¿Pero quién

me seguía, entonces? Esos dos tipos eran reales. El cementerio era real... Todo era tan real...”

Llegó a El Remanso con el cielo oscurecido y tuvo que alumbrar con la linterna el camino de vuelta hasta la casa. Cuando abrió la puerta, sus temores volvieron a asaltarlo. Las luces estaban apagadas y parecía que no había nadie. Fue hasta la sala, luego pasó a la cocina y al baño, pero tampoco. “Debe estar con los auriculares en su habitación. Tiene que estar con los auriculares en la habitación”. Pero no encontró más que la ventana abierta. La buscó por la zona del galpón, pero tampoco había nadie allí. Se encerró en su cuarto, abrió el armario con llave y confirmó que todo estuviese en su lugar. Lo cerró y puso a cargar el teléfono en la mesa de noche. Llamó a la casa de Sosa. Tres, cuatro, veinte veces y nadie contestó. Tampoco sabía nada la señora Ramírez. Y en sus tripas, el peor de los presagios.

Las pocas ocasiones en las que Julián salía de la isla, Natalia y Ayelén aprovechaban para quedarse en la casa y tratar de hacer todo lo que no tenían permitido. Esos días no había horarios de comida ni lugares prohibidos. Podían escuchar música fuerte, ir al baño dejando la puerta abierta o saltar desnudas en la cama. Lo único que tenían que tener en cuenta era el ruido de la puerta de entrada y el vozarrón de Sosa, que hacía su visita a pedido de Julián, para comprobar que estuviesen bien. Sosa entraba, pegaba un grito, oía la respuesta y se largaba satisfecho. En cambio el ruido de la lancha colectivo era un poco más difícil de percibir. Aunque estuviesen atentas a los horarios, no sabían a ciencia cierta cuándo Julián podía regresar. Se apoltronaban en el muelle de la entrada cada hora y cuarenta minutos, el tiempo entre servicio y servicio, para ver

si lo veían bajar a lo lejos. Si no venía, volvían corriendo y se metían en el cuarto y continuaban la fiesta.

Sin embargo, aquella mañana la situación era muy distinta. La relación con Julián estaba cada vez peor. Se había convertido en un padre controlador y autoritario, y estaba paranoico por su seguridad y por el orden de la casa. No comprendía por qué le había contado la historia del tipo ese. De hecho le costaba dormirse por las noches y tenía sueños en los que se le aparecía debajo de su cama con una sonrisa perversa. Lo extraño era que a medida que pasaban los días, la historia iba variando. A veces Julián se lo describía bajo. Otras, más alto que él. Hablaba un día de un tipo fuerte y de andar pesado, aunque días más tarde decía que era flaco como la hoja de un cuchillo. También habló varias veces de su acento extranjero. Finalmente, cuando ella le preguntó qué tipo de acento era, respondió: “El mismo que nosotros, solo que un poco más raro”. Claramente había algo que no quería comunicarle.

Estaban viendo la televisión en el sofá cuando las sobresaltó el teléfono. Era Julián, que llamaba. Que se había demorado un poco, pero llegaría para cenar. Y que no se preocuparan, que Sosa iría en un rato a verlas. Que no salieran de la casa.

—Que sí, que nos quedamos —contestó la Turka, y colgó.

—¿Qué pasó?

—Nada, que llega tarde. Después pasa tu papá a vernos.

—No puede ser —Ayelén se incorporó entusiasmada—. Se fue a pescar a Entre Ríos. Vuelve mañana.

—¿Cómo?

—Eso... No vuelve hasta mañana.

Los ojos de Natalia brillaron con entusiasmo y se levantó de un salto del sillón.

—¿Por qué no nos vamos lejos?

—¿A dónde? Estás loca...

—No sé... Algún lugar tiene que haber. Salgamos de la isla.

—¿Tenés plata?

—Casi nada, pero se me acaba de ocurrir una idea.

Sabía que Julián estaba repleto de pequeñas cajas y baúles, de diarios y revistas que parecían basura pero que guardaban otras cosas. Lo había notado hacía algunas semanas cuando una tarde, aburrida, había empezado a investigar los rincones de su casa. Cada vez que lo hacía, alguna monedita nueva encontraba y esos ahorros constituían su única fuente de ingresos. Sin embargo, había un lugar al que no había podido entrar y donde creía

que podía haber dinero guardado. El armario de la habitación de Julián. Un antiguo mueble de madera que ocupaba una gran porción del cuarto y que parecía contener todo lo que su padre no quería compartir con ella.

—Está cerrada con llave, pero en algún lado tiene que estar —y fue decirlo y empezar a buscar por toda la casa—. En el baño, debajo de las alfombras, en los cajones y hasta dentro de su ropa interior. En las alacenas, las tapas de luz, las estufas. Recorrieron cada centímetro de la vivienda pero no encontraron rastros de la llave ni de monedas. Estaban por irse a pasar la tarde al hotel cuando a la Turka se le vino a la cabeza una imagen: un mate rojo. De chica odiaba que su padre tomara mate, le parecía una infusión amarga que le dejaba aliento de vaca y le repugnaba el solo hecho de oír el sonido tintineante de la lata de yerba. Sin embargo era uno de los pocos objetos dónde no habían revisado. Treparon a la mesada, y en el estante de arriba del extractor sacaron la lata donde Julián guardaba la yerba. La abrieron, revolvieron entre las hojas trituradas y finalmente la encontraron. Una pequeña llavecita dorada. La limpiaron un poco y volaron hacia la habitación. El armario se abrió con un chirrido y emanó tanto olor a humedad que las hizo toser. Una cajonera, algunos zapatos y varios trajes que jamás le había visto usar a Julián. Metieron las

manos en cada uno de los bolsillos de sacos y pantalones, pero no encontraron ni una sola moneda. Solo hallaron unos papelitos inútiles, algunos amarillos por el tiempo, otros más blancos, escritos en una caligrafía indescifrable. Vicino le Croce 16, Mortipondio's corner, Sinestré y Detroit. Parecían direcciones de lugares que jamás visitarían.

—Olvidate. Otra tarde de encierro —y desilusionada cerró el armario y volvió a la tele y al sillón.

Ayelén se quedó sentada unos momentos sobre la cama. Le parecían raras esas direcciones, escritas con la misma letra y el mismo tipo de papel, y creyó que tal vez habían revisado demasiado rápido y podrían encontrar algo más. Sacó los zapatos, los revisó por dentro, abrió nuevamente los cajones, y por último, quitó todos los trajes de sus perchas. Al hacerlo un escalofrío le recorrió la columna. No sabía por qué, pero aquello que ahora veía no era normal.

—¡Nati!

—¿Qué pasa?

—¡Vení un minuto! —y se alejó unos pasos del armario—. Fijate adentro... Atrás de los trajes...

Natalia abrió el ropero y entendió el porqué de la llamada de su amiga. Era un collage de fotos etiquetadas con fechas y datos. En la hilera de arriba aparecía su madre, la Turka, desde que era

un bebé hasta su muerte, una por cada año. Abajo estaba ella, desde su primer año hasta los trece. En cada foto, tanto ella como su madre tenían la misma pose y la misma ropa. Era la primera vez que veía tantas fotos de su madre. Le llamó la atención que parecían la misma persona. Para colmo, debajo de las fotos, en todo el ancho y el alto del armario se desplegaba una gran lámina de color blanco. Allí se podía ver una serie de esquemas y notas en recuadros. A la izquierda la historia de Julián con su madre, a la derecha, la suya. Se mencionaban sus gustos, sus detalles físicos y sus habilidades. No faltaba nada. Hasta había un recuadro destacado con una fecha en rojo. Era de hacía un mes, el día en que había menstruado por primera vez.

Creyó desvanecerse. Como pudo, despegó todas las fotos de su madre y se las quedó observando una por una hasta llegar a la última, a sus veintiséis años. ¿Ella también llegaría solamente hasta esa edad?, ¿se haría tan alta y voluptuosa como lo era su madre? ¿Por qué Julián las escondía?

—Leé esto —Ayelén le pasó uno de los papitos que había encontrado—. Es en inglés, estoy segura. Corner significa esquina, ¿no?

—No sé...

—Estoy segura de que es una clave, por algo hay tantos baúles y cosas que esconde tu papá, ¿no creés?

—Mirá qué linda que era mi mamá. Somos iguales, ¿te diste cuenta?

—Sí, por eso no sabía qué decirte....

—Hay un solo recuerdo que tengo de ella y es raro, porque no me acuerdo su voz, ni su olor, ni cómo me trataba... Únicamente esa foto que te conté que sueño, tengo, la de los tres juntos saltando en la cama... Y ahora que estoy viendo todo esto, siento que se me aparece la cara que falta...

—¿Cómo?

—La cara borrada... Quizás estoy delirando, no sé... me está doliendo mucho la cabeza. Guardemos todo antes de que vuelva Julián.

—Esperá... Una cosa nada más, ¿cómo se llama esa planta que nos dice siempre tu papá que no toquemos?

—Floripondio.

—Vamos para allá. Creo que podemos encontrar algo más —y corrieron hasta los fondos de la casa, justo en la esquina del galpón para guardar herramientas donde lo había visto sacar la pala la última vez. Ahí estaba el floripondio. Un arbusto que había crecido bastante el último verano y desplegado flores rosadas como campanas que soltaron un fuerte aroma cuando se acercaron. Tomaron dos palas del galpón y se pusieron a hacer pozos alrededor de la planta. Estuvieron un buen rato hasta que lograron hacer el pozo. Lo primero que vieron

fueron las lombrices. Allí estaban nuevamente, frenéticas y flacas. Lo segundo fue un bolso azul que contenía decenas de cartas, diarios íntimos y fotos atadas con una gomita y ordenadas por fecha. De un tal Brando, muy parecido a su padre Julián, a la tal Turka, escrito con K, para referirse a su madre. Hablaban de sus viajes por Sudamérica, su trabajo como peluquera, los abuelos Ana y Roberto, la casa en Caraguatá. Pero no fue eso lo que la conmovió, ni tampoco comprobar que el tal Marcelo, que era descrito en una de los diarios igual que el tipo que le había dicho Julián que los buscaba, también había sido novio de su madre. Aquella información no la conmocionó tanto como el impacto que le produjo leer una carta que decía; “Cuando tenga una hija, le voy a poner Cloe”, decía. El mismo nombre que se le aparecía en sueños.

Al leerlo, sintió una fuerte punzada en el pecho y un sonido de un berimbau que la dejó sin aire.

La única información confiable que tenía Marcelo sobre el posible paradero de Cloe era lo que le había dicho Mario, el verdulero de la esquina de la casa de Brando. Que lo había visto cerca del puerto de Tigre con unas bolsas de compras, pero sin la nena. Aunque tampoco estaba seguro, que tal vez solo le había parecido y en realidad era otro. Podía ser posible. Cuando era chico y recién había emigrado de Brasil con su familia, recordaba que los Gonnella tenían una casa cerca del Delta donde pasaban los fines de semana. Brando conocía bien la zona y probablemente tenía buena relación con las comisarías de allí.

Esa misma tarde confeccionó una lista con los colegios y hospitales del distrito. Pensó que mostrar una foto de su hija de cuando tenía dos años, sería absurdo, así que se puso a dibujarla. La

retrató en distintas etapas. De bebé rollizo y con el pelo más claro, al año, cuando ya tenía la nariz de su madre y esa mezcla de rasgos árabe-europeos mestizos, y a los dos años, cuando la vio por última vez, con la boca fina y los ojos vivaces. Se basó en algunas fotos de la Turka para imaginarla a sus trece años. La hacía más gordita, a veces con menos lunares, otras más orejona. Se pasó varias tardes en los bancos de las plazas del barrio, intentando recordar su cara y sus expresiones, tratando de hacer el dibujo con la mayor precisión posible. Una niña no muy alta, de piel olivácea, ligeramente cetrina, de piernas robustas y caderas anchas. Cuando lo tuvo listo, empezó yendo a la puerta de los colegios a mostrar el retrato. Preguntaba a las madres de los chicos, pedía hablar con los directivos, encaraba a grupos de adolescentes. A veces lo escuchaban, otras, lo ignoraban; hubo días en los que le impedían continuar con su búsqueda. De cualquier manera, nadie la había visto jamás.

A los cuatro meses había terminado con casi todas las escuelas de Tigre y todos los hospitales sin ningún resultado. Estaba agotado. Había empezado a tomar todos los días y en la casa de su madre no había más que arroz y porotos y no había dinero ni para pagar el alquiler. Pensó en salir a robar, pensó en irse a Brasil, pensó en esperar una noche a Gonnella y darle una paliza. Nada le devolvería

a su hija, pero al menos algo se pondría en movimiento en su vida.

La última tarde que fue a la puerta de los colegios caminó por la zona de fábricas y talleres mecánicos de Caraguatá sumido en la apatía total, pensando en cómo los últimos años, la vida le había robado la sonrisa, la alegría, la fuerza. Estuvo un buen rato dando vueltas entre los callejones hasta que llegó al bar de la estación, frente a la plaza. Los pocos clientes que estaban dentro miraban un partido de Argentina, de las eliminatorias. Marcelo los ignoró, saludó al parrillero y le pidió una cerveza. Ya no comería más. Sólo quería una botella y después otra y después otra. Algo que nunca hubiera hecho un martes por la tarde, pero que sentía que debía hacer ese martes por la tarde en particular. Emborracharse hasta tener fuerzas para gritar a todo el barrio las verdades sobre los Gonnella. Correr hasta la comisaría y empaparse de alcohol o nafta y quemarse a lo bonzo en el escritorio del comisario. Escupirle en la cara, golpearlo e insultarlo. Después, si sobrevivía, que lo metieran preso, qué importaba. “Al menos ahí dentro, entre el olor a meo y las goteras, existía la esperanza”.

Se tomó dos botellas, después pidió otra y luego varias más. El encargado lo miró con lástima. Le parecía un pobre tipo, uno más de todos los que pasaban las tardes por el bar, sólo que a este

lo conocía desde chico, desde que había venido de Brasil con pocos años y no hablaba ni una palabra en español.

Sin embargo, al cabo de un rato, el parrillero empezó a molestarse. El capoeirista, que apenas dominaba su cuerpo, se largó a criticar a la Selección y apoyaba las jugadas de los chilenos. Lo hacía con saña, utilizando los errores de los jugadores para destilar todo el odio que sentía por los argentinos.

—Son unos pecho fríos —gritó desde la barra y se les rio en la cara cuando les metieron el primer gol.

Un tipo de bigote y pelo cortado al ras lo insultó y otro se acercó a increparlo, pero el encargado se interpuso y logró evitar la pelea.

—Ciento cincuenta pesos, brazuca —y lo empujó hasta la caja—. Pagá y tomatelás.

Marcelo lo miró, se arregló la camisa, y agarró el tique, hizo una pelotita de papel y se lo tiró en la cara. El tipo enfurecido lo agarró del cuello, pero Marcelo se le escurrió con un rápido movimiento de capoeira y le tiró una trompada en la cara, aunque con tan poca suerte que, en el forcejeo, tropezó con una banqueta y cayó al suelo. Lo insultaban y se reían, cuando alguien, de repente, gritó un gol de Argentina. Todos festejaron y se abrazaron y por un momento se olvidaron de la bronca, pero Marcelo se levantó con energía, y

se puso en guardia, dispuesto a pelearse con el primero que se cruzase. El de bigote y el encargado se prepararon para pelearse, pero antes de que comenzara el desastre, antes de que las botellas volaran, las alas del ventilador se rompieran y la sangre salpicara la mesa y las paredes, una mujer desesperada irrumpió en el bar a gritos. Era Flora la madre de Marcelo, conmocionada por una noticia que había recibido.

La tarde en el Delta está fresca, pero soportable. Natalia y Ayelén caminan por el monte y solo se escuchan sus pasos que aplastan las hojas de los árboles. Caminan durante dos o tres horas, buscando el alivio del cansancio. Ayelén quiere regresar y llamar a un médico o a Sosa, pero tiene miedo de dejar sola a su amiga, que la sigue como un perrito asustado. La Turka, en cambio, no para de pensar. No escucha más que su propia voz recordando: “Cuando tenga una hija, le voy a poner Cloe. Cuando tenga una hija, le voy a poner Cloe. Cuando tenga una hija, le voy a poner Cloe”.

Después de dar una o dos vueltas a la isla, llegan finalmente al hotel abandonado. El cartel oxidado de la entrada las recibe una vez más: Bienvenidos al Remanso. Predio del Sindicato de Luz y Fuerza. Caminan hasta la recepción, trepan

apoyando los pies en las ventanas enrejadas y se sientan en el borde del techo. Natalia no puede dejar de pensar. En realidad, piensa un veinte por ciento y siente un ochenta. Tiene mucho miedo. No sabe bien por qué, pero hay algo raro en todo esto. Algo raro y nuevo, y muy profundo que le provoca ganas de correr pero de quedarse dormida al mismo tiempo. De gritar y meterse adentro de la tierra como las lombrices. Su amiga le ofrece un caramelo y ella lo acepta sin pensarlo. Mastica por inercia. Cuando lo termina, se pone en pie y empieza a caminar por la terraza. Observa la pileta para chicos, llena de agua podrida, botellas de cerveza y fierros rotos de la temporada que nunca fue. Residuos de la única posibilidad que tuvo la isla de poder crecer y mostrarse. Se acerca al borde y mira hacia abajo. Las cartas y las fotos del bolso de Julián van pasando como los camalotes del río, sin detenerse. Ayelén le habla pero ella ya no está ahí.

“¿Cómo se sentirá tirarse de cabeza desde esta altura?, ¿será cierto que si me muero, el cerebro se queda vivo unos segundos?, ¿el tiempo tendrá la misma duración que ahora?, ¿o será como cuando tenés mucho sueño?”

No duda demasiado. Siente el llamado de las decisiones animales, que nacen en el estómago y necesitan ser expulsadas, y empieza a elucubrarlo todo. Tiene que volver hasta la pared del tanque de

agua, tomar impulso y correr con todas sus fuerzas para tirarse a la pileta podrida. Deberá lograr un buen balance corporal para calcular bien y no tener la desgracia de caer en el borde o justo de espaldas. Se quedaría ahí tumbada durante horas hasta que la trasladasen al hospital de Tigre, o quedaría paralítica sin poder moverse durante el resto de su vida (que quizá terminaría a los veintiséis años como la de su madre). Conectada a un aparatito que hablaría por ella. Sí, un clic. No, dos clics. Pero eso no puede pasarle, sería un desastre, el encierro del encierro. Sin embargo, si lograra un vuelo perfecto abriendo las alas como un cóndor y disfrutando el salto, el aire inundando el cerebro, eso sí que sería exitoso. Los huesos crujiendo, la sangre que se mezcla con el aire, los sesos desordenados en el agua, los órganos alimentando la tierra. La satisfacción del dolor... No más dudas, no más trampas, no más vida de burbuja en el Remanso.

Ayelén se impacienta al verla coquetear con la cornisa y se acerca a hablarle, pero la Turka, impulsivamente, se va hasta la pequeña pared donde está el tanque de agua, calcula la distancia, y se larga a correr velozmente. Su cabeza, excitada, sus piernas más fuertes que nunca, Ayelén le grita y da desesperadas zancadas para interrumpir su carrera. Sin embargo, ella no responde; pero cuando está a pocos segundos de lanzarse, algo la detiene,

tal vez el instinto, aminora un poco la marcha y Ayelén se lanza sobre ella. Le hace un tacle justo en la cintura y le salva la vida. Se le sienta encima y descarga toda su furia con insultos y cachetadas. A la Turka le sangra el labio, tiene la cara roja por los golpes y no parece reaccionar. Hay un silencio largo, un pedido de disculpas y algunos abrazos... Y se quedan dormidas.

Cerca de la madrugada, unos pasos las despiertan. Pisadas seguras de isleños, manos musculosas y bronceadas que escalan por las rejas del techo. Sosa se agarra la cabeza al ver a su hija acostada sobre las piernas de la Turka.

—¡Así que estabas acá, pendeja desgraciada!— se desquita a bofetazos y la agarra de los pelos. Su cabeza es arrastrada por la mano del gaucho, mientras Natalia es levantada en brazos por Julián con delicadeza.

—¿Qué pasó? ¿Están solas? ¿Qué hacían acá?—. La besa y la abraza y ella simplemente lo deja hacer y no contesta nada.

Cuando llegan a la casa montan un operativo de seguridad. Sosa custodiando la puerta de atrás con una escopeta, Julián vigilando desde la sala la parte de adelante pensando una y mil veces en la conveniencia de llamarlo a Gonnella, si fugarse ahora mismo, si esperar o volver a buscar la plata a la ciudad.

Va al encuentro de Natalia, que está con Ayelén escuchando música en el cuarto. La sienta en la silla de su habitación, la misma silla en la que le leía mientras esperaba a que se durmiera. La Turka que ya no es más esa Turka.

—Oíme hijita, ¿estás bien?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Me podés decir por qué te fuiste?, ¿vino alguien?

—No.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Y por qué tenés esa cara, entonces?

—No tengo ninguna cara.

La Turka evita su mirada, ocultándola bajo su pelo enrulado.

—Parece que estuviste llorando —insiste y se acerca para mirarla más de cerca.

Ella se lo impide y trata de enrollarse sobre sí como una lombriz y fundirse con la silla.

—Mirame, te digo.

—Dejame tranquila...

—¡Mirame entonces!

—No quiero.

—Por favor, es un segundo. Acercate un poco.

La Turka se quita las manos de la cara y la siente muy roja como si la hubiera sacado recién del horno. No sabe qué hacer ni qué decir. No sabe

qué sentir. Su padre, o el que todavía parece serlo, la está mirando raro. Tiene los ojos clavados en ella y todo su cuerpo está ahora en posición tensa, como un reptil acechando, como si estuviera por saltarle encima. Sus pupilas están dilatadas y sus manos parecen garras. Lentamente, le busca la cara y el cuerpo. De pronto, ella siente un impulso en el estómago y sin poder controlarse, lo empuja con una patada y logra despegarlo de su cuerpo. Siente alivio y aire que circula, aunque sigue confundida.

—¿Qué hacés?!

—No me toqués —responde, y se aleja todavía un poco más.

—¿Así me lo decís? ¿Después de todo lo que hice por vos? ¿No ves que estoy mal, Turka? ¿No ves que sufro? Hoy a la noche casi me da un infarto buscándote.

—¡Qué me importa... Brando! —le lanza e instintivamente se cubre el cuerpo como para evitar un golpe.

—¿Quién vino? —. Ella no responde, solo miedo y dolor de estómago, y ya nada será lo mismo. Todo empezará a desmoronarse a partir de ahora, como los duraznos podridos, en el silencio del Delta.

—¿De dónde sacaste ese nombre?—. Ella sigue sus movimientos como un cachorro miedoso.

—¡Vuelvo a preguntar! ¿Estuvo él? ¿Sí o no?

—¿Cuál él?

—Ya sabés de quién te hablo.

—No, no sé...

—No te hagas la estúpida.

Es lo último que escucha de su boca y lo ve alzar la mano para darle un sopapo. Está por hacerlo, cuando golpean la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nada patrón, quería comentarle algo...

—Ahora no, estoy ocupado.

—Es que sentí unos pasos atrás del galpón —insiste, y ella nunca sabrá si aquello era verdad o lo que estaba pasando en la habitación le resultaba intolerable al gaucho.

—Metete a bañar y andá despidiéndote de Ayelén. Mañana mismo nos vamos de la isla.

Natalia sale del cuarto, seca, vacía, asqueada, entra al baño y abre al máximo el agua caliente. Cierra la puerta y la ventana que da al exterior. El vapor lentamente empieza a llenar el minúsculo baño como la neblina sobre la superficie del río en invierno. Respira y observa su cuerpo poco proporcionado en el espejo. Las caderas demasiado anchas para su pequeña estatura, los pechos hacia los lados, la piel lastimada por el sol.

Entra en la bañera, se moja el pelo y se sienta en cuclillas. El chorro de agua golpea su cabeza y resbala por su cara. El cuerpo toma la forma de una

mujer de las cavernas. Los pies son patas, los dedos, garfios. El cabello, pelaje para protegerse del frío y la sangre sorprendentemente baja por la entrepierna.

Al poco tiempo Julián la encuentra desmayada en la bañera, la cabeza contra el borde. Su cuerpo pesa tanto que lo tiene que llamar a Sosa para levantarla. La sientan en la sillita de su dormitorio. Le hacen oler alcohol, le levantan las piernas, la zamarrean semidesnuda. Después de unos minutos, ella se recupera.

Brando la observa, le da un calmante y le pasa unas cremas para que su piel se recupere. Esta vez no la regaña, ni la interroga, simplemente la abraza. Sabe que se le está escurriendo entre los dedos como un Surubí. Sabe que en cualquier momento él puede convertirse en un camalote podrido flotando sobre el río.

La casa está en silencio. No se escuchan los crujidos de la madera y los pocos pasos que dan Julián y Sosa parecen calculados. No falta mucho para el amanecer y la naturaleza empieza a murmurar su trabajo.

Natalia se acerca a la bolsa de dormir de Ayelén y se mete dentro. El cuerpo le molesta por las quemaduras de la ducha caliente y tiene los ojos secos. Necesita la mano de su amiga, su aliento, su cariño. Mañana será tarde. Mañana se irá lejos. ¿Sabrá que Marcelo tuvo que pasar por una condena similar? ¿Es la impronta familiar el encierro?

—¿Te duele mucho? —Ayelén la acuna entre sus brazos y le acaricia el pelo.

—Se me está pasando, pero me duele la panza ahora.

—Es normal. Yo zafé de la paliza de mi papá gracias a todo esto. La tengo en suspenso... —se ríe

y la aprieta fuerte con sus manos.

Natalia la mira comprensiva y la acaricia buscando alguna respuesta. Nota que su cuerpo sigue suave y cálido, aunque más fuerte. Es una isla resistente a todo, sus piernas son más duras, sus emociones menos acuosas. Se acerca aún más a su cuerpo e intenta fundirse con su piel. Piensa en la manera de escapar y no volver. De ir a Tigre en busca de alguna computadora y contactar al tal Marcelo, preguntarle cosas, lograr que esta confusión se aclare. ¿Podrá hacerlo en este estado?

Se quedan dormidas. Al rato, Natalia despierta a su amiga con un pequeño empujón. Tiene taquicardia y suda mucho.

—No puedo pensar, creo que me voy a morir—y araña un llanto que no sale.

Ayelén prende la luz y la intenta tranquilizar.

—¿Qué tenés?

—No sé, no sé—. Y se levanta abruptamente y al hacerlo tropieza con la cama. Siente náuseas y el corazón le bombea como un tambor desbocado.

En ese momento, se oye una voz detrás de la puerta.

—¿Qué pasa? —Brando asoma el hocico, más sabueso que nunca.

—Nada, tuve una pesadilla, pá...

—¿Segura?

—Sí, estoy bien...— Y oyen sus pasos aleján-

dose. Ahora el cuarto ya no huele a bestia ni a lombrices ni a tierra húmeda. Son ellas dos nuevamente.

—¿Estás mejor? —pregunta Ayelén.

—Sí, un poco... —responde Natalia y se le ocurre una idea—. Se la cuenta. ¿Después de todo cuál podría ser el castigo si fracasara?, ¿qué podría ser peor que irse lejos de la única persona en la que confía?

Ya no hablan. Solo con señas, completan el plan en sus cabezas. Meten algo de ropa en una bolsa y cuentan las pocas monedas que tienen, tratando de hacer la menor cantidad de ruido. Se suben a la cama que está pegada a la ventana y miran la habitación por última vez. Están a punto de abrirla cuando escuchan un ruido que las paraliza. Pasos pesados que se aproximan. Las dos vueltas de llave de la puerta les dan tiempo para tirarse como sacos de papas en la cama. Es Brando nuevamente, que duda que estén dormidas. Mira debajo de la cama y dentro del armario. “Que se vaya, que se vaya”, piensa Cloe y hace fuerza para no abrir los ojos. Él mira hacia afuera, corre las cortinas, no nota nada extraño

—¿Quieren ir al baño o a tomar agua? —pregunta en voz alta intencionadamente, pero ellas no responden—. Echa un último vistazo, sale del cuarto y cierra con llave nuevamente.

Salen de debajo de las sábanas y respiran

aliviadas. Se asoman y ven que falta poco para el amanecer. La Turka trata de recordar las veces que había logrado abrir la ventana sin ruido, para no despertarlo. En si había sido una cuestión de fuerza, velocidad o, tal vez, de empalme. Un golpe seco que confunda el ruido de la ventana con otra cosa, eso necesita. Pero debe acertar el modo, ya que no tendrán otra oportunidad. Si fallan, las pesadas botas volverán a oírse y el encierro se hará extranjero.

—Esperemos un rato más, Nati. Mira si vuelve tu papá.

—Tenemos que salir ya —responde, y se incorpora de un salto.

Se encomienda a su madre y quita la traba. ¡Flap! La ventana se descomprime. Esperan. Se toman las manos. Esperan más tiempo y nadie viene. Pasan a la segunda etapa. La Turka apuesta a abrirla de golpe y atrapar el rebote con las manos. Están cara a cara, transpirando. Se observan temerosas y mentalmente se desean suerte. Se miran sabiendo que puede ser la última vez. Ponen la mano en el cristal y le dan el golpe seco a la ventana. No suena. Salen despacio y aterrizan en el pasto. Nadie se da cuenta, la suerte está de su lado. Corren, corren y corren desesperadamente por el monte. Atraviesan los fondos del gringo Douglas, el pantano, el claro, todo el hotel abandonado y llegan a la otra parte de la isla en media hora o menos.

Se esconden detrás de unas palmeras tratando de recuperar el aire. Esperan allí durante un tiempo en el que no hablan ni se mueven. Son como dos plantas mimetizadas con el entorno.

Al poco tiempo escuchan a lo lejos el motor de una lancha colectivo. Se asoman al muelle y hacen señas para que pare. Reciben la mano callosa del marinero, ponen pie en el barco y entran. Se sientan al fondo de todo, con una mezcla de adrenalina y terror al mismo tiempo. Atentas a cualquier movimiento que pueda suceder en la orilla.

Cerca de las nueve, la lancha atraca en el puerto de Tigre. El marinero nunca les cobra, y tampoco dice nada cuando las ayuda a bajar en el muelle principal, repleto de gente. Están hambrientas y muy cansadas, pero la adrenalina les da energía. Caminan hasta la avenida y buscan un locutorio. Se pierden entre el smog, los peatones ansiosos y los comercios. Un despertar de estímulos a los que Cloe no está acostumbrada y la altera por completo. El ruido de los colectivos y los autos la ensordece, el aire sucio de tabaco, mugre o vaya a saber qué cosa la hace estornudar a cada rato. Todo es nuevo, caras que pasan veloces, aromas a fritura, a pis de perro en las veredas. Son demasiadas personas apiñadas moviéndose en todas direcciones.

—Parecen hormigas en una pecera —le comenta a Ayelén, pero esta no responde. Está atenta.

Busca calles, pregunta a la gente, se frena y trata de ubicarse. Pasan al menos media hora dando vueltas cerca de la estación de tren, hasta que logran dar con una callecita poco transitada al otro lado del río, donde finalmente encuentran el locutorio. Está repleto de pibes nerds que faltaron a la escuela y un par de adultos con caras raras. Entran, piden una computadora y tratan de recordar lo aprendido en las clases de informática cuando todavía iban a la escuela. Lo que pudieron anotar de las cartas de la isla son nombres y lugares: Marcelo Da Silva, Brando Gonnella, Caraguatá, Cloe, Natalia Manzur, Julián Delirotti, Natalia Delirotti.

Navegan en internet un buen rato y lo primero que descubren es que la Turka no murió enferma, como le dijo Julián, sino en un accidente en la ruta, y que iba en el auto junto a Marcelo, el supuesto perseguidor. Segundo, que Julián tendría un hermano muy parecido que se llama Brando Gonnella y que está acusado del secuestro de una menor de nombre Cloe, el nombre que su madre decía que quería para ella. Tercero, y no menos impactante, que ni la persona que cree ser, Natalia Delirotti, ni el padre que cree tener, Julian Delirotti existen para internet ni para el mundo. Todo parece encajar, todo parece muy obvio pero no es fácil de aceptar, es absurdo, es ridículo, tiene que ser mentira...

Sale afuera a tomar aire. Trata de respirar hondo, pero hay tanta contaminación, y hace tanto calor, que cree que no le entra más que basura a los pulmones. Se sienta en la vereda, justo bajo un árbol lleno de hormigas que se le suben por las ojotas. Al rato sale el chico que atiende el local y se pone a fumar a su lado. Tiene unos veinticinco años y pelos por todas partes, en brazos, el pecho, las orejas, y lleva una camiseta verde que dice Intoxicados. ¿Así es la vida en la ciudad, entonces? ¿Fumar un cigarrillo nervioso en la puerta, computadoras recalentadas, ruidos y camisetas rockeras? ¿Esto es lo que nos espera fuera de la isla?

Pasados unos minutos, vuelve Ayelén. Ella tampoco aguanta más el aire viciado del ambiente y se abandona a su lado totalmente exhausta. No hablan, simplemente observan el entorno: el asfalto, la calle, las botellas de plástico tiradas, las ruedas de los autos. Están atravesando el momento confusión-la cagamos-qué vamos a hacer ahora. Sosa estará diseñando maneras distintas de darle una paliza a su hija y Julián estará al borde de un ACV, probablemente.

—En diez minutos, cerramos—, anuncia el flaco del locutorio, lo que las hace volver corriendo a las computadoras. Cloe pone a trabajar las últimas neuronas agotadas que le quedan. Piensa. Piensa. Piensa. Se da golpecitos con sus dedos en la

sien. ¡Pu pum pum pum!, ipu pu pum pum ! Cree que así va a funcionar mejor. Lo hace de manera autómatas, sincopado ritmo que pone nerviosa a su amiga.

—Pará Nati, que me alterás, ¿estás bien?

—Sí... ¿cómo era esa palabra rara que te había dicho que encontré en la carta?

—No me acuerdo...

—¡Pensá!

—No sé... ¿mirimba o algo así?

De Mirimba a Berimba, gracias a los algoritmos del buscador, de Berimba a Berimbau por los traductores: El berimbau es un instrumento de cuerda percutida parecido al arco musical, hecho de una vara de madera flexible y un alambre, a los que se agrega una cashishi y una calabaza, que hace las veces de caja de resonancia. Es usualmente utilizado en los rituales de Capoeira.

Y ahora a combinar con las demás palabras que tienen dando vuelta en la cabeza. Capoeira, Marcelo Da Silva, Caraguatá arroja un resultado. Una especie de blog o algo así que no tiene más que una foto suya y un teléfono. Grupo Mandinga Brasil en Caraguatá, clases a cargo del instructor Careca. Ayelén pega un grito y se tapa la boca, como cuando vio las fotos del armario. Antes de que cierre el locutorio anotan el teléfono y salen corriendo para que no les cobren. El chico ni se da cuenta, dema-

siado abortó en su computadora. Cuando ya están cerca del puerto nuevamente, buscan un teléfono público y con una monedita de veinticinco llaman. No contesta nadie. Prueban de nuevo, tampoco. Intentan por tercera vez y cuando van a cortar, atiende una señora con acento raro. Habla Cloe. La señora grita. Vuelve a hablar Cloe, no se entiende lo que dice. La señora sigue gritando. Ayelén le saca el tubo.

—En el McDonald's del puerto— y corta la llamada.

Los pasos y la voz gruesa de Sosa despiertan a Brando al amanecer. El gaucho se lo dice claro, y aun así, se lo tiene que repetir.

—Que se fueron Julián. Que no están por ninguna parte.

—¿Cómo que se fueron? —pregunta sin esperar la respuesta y corre hacia el cuarto de la Turka. Sosa lo sigue como el perro nervioso en el que se convirtió, escopeta al hombro. Abre la puerta y ve la ventana abierta.

—¿Dónde están?, ¿no te iba a cubrir tu sobrino?

—Sí, pero no vino, disculpe. Lo voy a recagar a trompadas cuando lo vea. —Brando no añade nada más que su silencio. Le ordena que vuelva rápido a su puesto y que no dé aviso a nadie.

Vuelve a su habitación y se pone las botas

con rapidez. Saca de debajo de la cama uno de sus maletines y lo abre. Diez años después vuelve a empuñar la Bersa Thunder que le regaló Gonnella. “Nunca sabés cuándo la vas a poder llegar a necesitar”, le dijo el primer día en la comisaría. Ahora la tiene en sus manos. La quiere cargar, pero le tiemblan las manos y las balas se le caen. Intenta de nuevo y lo logra. Se pone la campera y guarda el arma en el bolsillo interior. Sale reptando de la casa hasta el monte.

Registra la hora. Las siete cuarenta. O se fueron en la de las siete o están dando vueltas por la isla o las metieron en alguna lancha particular. “¿Qué camino tengo que seguir?, ¿hacia dónde? ¿Se habrán ido a Tigre? ¿Estarán con la policía o con él? No... La policía no puede ser, salvo que me estén esperando en el muelle. ¿Hace cuánto se habrán ido? Un factor a tener en cuenta. Gonnella siempre lo decía, para cada problema, siempre hay un factor que determina el éxito o no del operativo. De cuánto tarde en enterarse la policía, de cuánto tarde en pedirle la lancha a Ramírez, de cuánta falta para que a la Turka la convenzan.”

Llama a Sosa y le pregunta por novedades. El isleño cree que se fueron hace cuarenta minutos como máximo, porque cerca de las seis las escuchó hablar en el cuarto.

—¿La señora Ramírez no las vio?

—Dice que no, pero que cualquier cosa le avisa... Oiga...dígame que sucede que me está poniendo nervioso...

—Me están buscando Sosa. Y se la agarraron con tu hija también, ¿no ves?

Sosa finge entender, aunque no entiende, lo mira y no le cree.

—¿Pero quién lo busca Julián? Explíqueme.

—Casi es un ruego. Y se sienta en el portal, incapaz de soportar el peso de su cuerpo.

—Oíme Sosa, no hagas preguntas estúpidas ahora. No avises a nadie y no te muevas de la casa por ningún motivo. Yo me voy al otro muelle a ver si las veo ahí. Quedate al lado del teléfono por si llaman. —Y atraviesa los campos del fondo con el pecho hinchido y la boca torcida por el odio. La marca de agua de los Gonnella.

Llega hasta el muelle que da al hotel abandonado y se encuentra con un tipo al que jamás vio en su vida y que probablemente sea de los que se alojan en la casa hippie. Es un pelilargo que sube unas bolsas con conservas en su canoa motorizada. Lo para. Pregunta por la Turka, pero el otro le dice que ni idea, que no es de acá. Se vuelve a meter entre la maleza para seguir el camino de regreso a su casa, cuando escucha unas voces y unos pasos apurados. Cortos y rítmicos. ¿Lo vienen a buscar? ¿El gaucho avisó a Prefectura? Piensa un momento

y luego regresa al muelle y le apunta en la cabeza al hippie.

—Hacé silencio —le dice al hippie, más Gonnella que nunca y lo empuja a bajar por las escaleritas y meterse en la canoa. El tipo no se resiste, está completamente entregado, demasiado sorprendido como para reaccionar. Esperan. Esperan más tiempo. Cuando ya no se oyen más pasos, le ordena que arranque la lancha.

—Es una emergencia, no te voy a hacer nada—. El hippie asiente, no le queda otra, y bajan por el río en dirección al empalme con el Sarmiento.

Con la mano izquierda lo apunta y con la derecha intenta localizar a Sosa por teléfono. Lo llama, pero el otro le corta. Intenta varias veces más pero nada. Trata de pensar qué hacer. El río está poco transitado a esa hora y todavía reina la humedad de la noche y el fresco que emana de las oscuras aguas. “¿Hacia dónde ir?, ¿hacia Tigre o hacia Uruguay? ¿Cuál sería la lógica? Si es Marcelo, lo más probable es que la quiera sacar del país, las fronteras en el río son frágiles. Si fuese la policía quien se la llevó, me hubiesen ido a buscar a la casa. ¿Y si se escapó por su cuenta?”

Le hace cambiar de ruta y se vuelven sobre lo andado rumbo a tierras orientales. Luego, retoman nuevamente el Sarmiento. Así durante varios minutos, en los que viajan sin rumbo por diferentes

ríos y arroyos.

—¿Adónde vamos? No me queda mucha nafta.

Está por pegarle un culatazo de la bronca cuando siente que le vibra el teléfono. Baja el arma para atender y se lo saca con rapidez del bolsillo. Es el gaucho que dice que las chicas están en el McDonald's de Tigre y luego no se entiende y se corta la llamada, hay poca señal en el río. ¿Será la Turka pidiendo ayuda? ¿O una trampa? ¿La policía, la Turka o Marcelo?

—¡¿Cuánta nafta te queda, carajo?! —grita en la jeta del barbudo. Ahora sí, empieza a temblar el tipo.

La única herramienta eficaz que tenemos los seres humanos para afrontar una situación como la que le estaba sucediendo a Marcelo es el poder del pensamiento. Ni la fuerza física ni las armas ni la expresión de sus emociones desbordadas. Lo único que podría realmente ayudarlo es el ingenio y la creatividad. Debe hacer un esfuerzo colosal en conectar sus agotadas neuronas para producir pensamientos racionales y pragmáticos. Está frente a su roda más difícil, con el rival más duro, pero no le sirve absolutamente de nada lo que ha aprendido hasta ese momento. Ahora debe enfocarse para poder reaccionar de manera positiva al reencuentro con su hija. Sin embargo, su mente está deseosa de tantas cosas al mismo tiempo y tiene tantos miedos contradictorios que es muy difícil anticiparse y poder aclarar las ideas. El aluvión de emociones

reprimidas durante tantos años en la celda le ha quitado todas sus energías. Diez años, tres mil seiscientos días, noventa mil horas deseando que aquella niña, producto del enamoramiento más intenso y fútil que podría haber imaginado, aparezca con vida. Y ahora, el destino había querido que su madre recibiera una llamada de una posible Cloe diciendo que quería verlo. Era una llama que encendía la esperanza, aunque debía estar atento. No podía creer solo en la apariencia de las cosas y aceptar como única opción posible que fuera su hija y no una trampa de Gonnella o de Brando. Había infinitudes de posibilidades barajándose con aquel llamado y cada una podía tener un un desarrollo, una curva descendente, un clímax. Podía ser simplemente una carnada para que como un estúpido pez famélico se acercara y cayera en la gran boca de los Gonnella. Ahora... ¿En un McDonald's en Tigre, la cita? ¿O solo era la excusa para sacarlo del bar y atravesarle un auto en medio de la calle? Varios tipos encapuchados lo toman del cuello, lo meten en un baúl, le pegan tres tiros, luego su cuerpo aparece al costado de la ruta. Era una posibilidad, como también lo era que Cloe fuera realmente Cloe pero que no estuviera sola. Que la hubiera encontrado alguien, pero que a la vez se presentaran los Gonnella, o la prefectura o vaya a saber quiénes. O algo aún peor. Que ella quisiera localizarlo pero

algo o alguien se lo impidiese y al llegar al McDonald's no estuviera. Nunca más verla. Escuchar su voz una sola vez y que se la llevaran las aguas del Delta. Pero no... Mejor no pensar en todo eso, se dijo. Mejor confiar.

En la parada del colectivo saca la botellita de agua y se tira un poco en la cara para despabilarse. Se da golpecitos en el pecho, en los brazos y en la cabeza para sacarse de encima la resaca y poder estar lo mejor posible y transmitirle seguridad a su hija. Protección, pero también cariño. Estará asustada, confusa, preocupada... “¿En qué condiciones habrá vivido? ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Se habría escapado de alguna red de trata? ¿Habría vivido con Brando todos esos años o solo un tiempo? ¿Seguiría viva esa asquerosa planta trepadora?”

Eran demasiados interrogantes para su cabeza en ese momento. Las preguntas que no tienen respuesta ocupan demasiado lugar en el arroyo de los pensamientos y él necesitaba recomponerse en caso de que el encuentro fuera real. Conectarse con su parte esencial, expresar el lado más sensible e inocente, para que su sola presencia fuera una caricia imposible de eludir para Cloe. Mirarse y no decirse nada, solo abrazarse y sentir el calor del otro. Caminar en silencio, pedirle perdón y llorar durante días de la alegría.

Cloe camina hasta la esquina del Mac Donald's luego vuelve hasta la entrada, y así un buen rato, yendo y viniendo bajo la mirada de un grupo de skaters que hacen piruetas en el estacionamiento. Se despegla la camiseta del cuerpo, que con tanta humedad es ya una capa más de su piel, piensa en la conversación que tuvo hace unos minutos. Se lo imagina (¿lo recuerda?) moreno y bajo, de andar firme. Duro como los hormigones del hotel abandonado.

—Vamos, me va a matar Sosa—Ayelén mueve sus pies como si pisara un pedal de batería y le suda el bozo.

—Falta poco, te prometo —Cloe intenta calmarla y se sienta sobre los escalones de la entrada, mirando hacia la estación de tren.

Al rato se les acerca una señora gordita, con

una nene tomado de la mano, que les pregunta con timidez si tienen hambre. Ellas se miran, dudan un instante.

—Estamos bien, Doña. Ahora viene nuestro tío —responde Ayelén desconfiada, más Sosa que nunca.

La mujer se da cuenta de que no dicen la verdad. Tienen la ropa sucia y con agujeros y no parecen del lugar. Se va un momento y al rato vuelve con una bandeja con hamburguesas.

—Cómanlas acá en la sombra, que hace mucho calor afuera.

Las aceptan como vienen, sin siquiera decirle gracias, y se enfrentan a la primera comida rápida de sus vidas. Envoltorio de papel caliente, un pan blandito, una rodaja de carne de rata extrafina extra cocinada, queso derretido, apenas ketchup, apenas cebolla picada. La comen en dos o tres bocados y toman la gaseosa de un saque. Eructan el aire acumulado. Sobra lugar en el estómago.

La mujer se las queda mirando hasta que terminan y ahora sí, le confiesan que no habían comido nada desde el día anterior. No dan detalles, y, por suerte, ella no pregunta, solo asiente, acostumbrada quizás, a darle hamburguesas a los pobres.

A los quince minutos, trae otras dos hamburguesas, esta vez, sin gaseosas. Envoltorio de papel de otro color, pechuga de codorniz o de la-

gartija extrafina empanada, lechuga muy chiquita y amarillenta, mayonesa mezclada con vinagre. Las terminan todavía más rápido que las primeras. Cloe vuelve a eructar. Entonces lo ve venir. Lo reconoce sin conocerlo. Bajito, pelo de virulana, andar de boxeador. Él siente lo mismo. La misma altura que la Turka, pelo oscuro, el pecho firme, mirada de ardilla asustada. Ahí están finalmente, llenos de miedo e impotencia, ajenos a ellos mismos, haciendo una burbuja, dejando fuera los gritos de niños, el olor a frituras y a caños de escape.

—¿Cloe sos vos? —Marcelo toma la iniciativa y al instante se quiebra. Luego le da un abrazo que incomoda a la niña. Ella se queda tiesa, sin fuerza en los brazos, y le deja hacer, aunque reconoce su aroma. Ayelén la mira, la señora también, nadie sabe qué pasa, y Cloe, a menos de un minuto de recuperar a su padre, se desprende de su abrazo y se aleja unos pasos.

—Ya vuelvo...

—¿Adónde vas?

—Al baño. Un segundo...

Él no sabe qué decir, está confundido, le duele la cabeza, todavía tiene demasiado vino en la sangre.

—¿Están solas?

Ayelén no responde. Cloe toma su mano, suben las escaleras y desaparecen de su vista.

Entran al baño. Cloe se mete en un cubículo trabando por dentro. Se sienta en el inodoro. Necesita pensar, solo un poco, para enfrentar este asunto. A ver si en el medio de un baño con olor a mentol y lavandina, puede despertar de una vez por todas de esta pesadilla que continúa en el lugar más alejado en el que estuvo nunca. Está a punto de tener una conversación, o vaya a saber qué, con un tipo que se parece a muchas personas que no conoce, pero cree que conoce, y que responde perfectamente a la descripción de Julián de su perseguidor y al mismo tiempo del tipo con el que sueña hace años. “Pero... ¿puede ser eso posible? Su voz es tan familiar, y su abrazo... No puede estar pasando esto. No puede estar pasando esto. No puede estar pasando esto”.

Se pone de pie y siente que se le revuelve el estómago. Vomita sobre el inodoro las dos hamburguesas completas.

—¿Estás bien?

—Sí... andá saliendo... Esperame cerca de él, por las dudas. —Ayelén, sin hacer comentarios, obedece, y sale. Sin avisarle a su amiga, llama a su padre por teléfono.

Cloe se enjuaga un poco la boca y se mira al espejo. Al lado suyo dos chicas de ciudad se arreglan el pelo. “¿Así de isleña sucia soy?”, se pregunta y acto seguido sale. Marcelo la espera con un vaso

de agua justo en la puerta del baño de mujeres.

—¿Y tu amiga?

—No sé —y de un trago se toma el vaso de agua.

—¿No querés ir a un lugar más tranquilo?
Acá no vamos a poder hablar.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—No, acá estoy bien—. Lo obliga a sentarse en una mesa que acaban de liberar dos señores vestidos de oficina y que todavía tiene restos de cigarrillos, papas fritas y ensaladas. La sensación es rara, rarísima; le hace acordar a una película que vio recientemente en el cable. Se siente subida a un barco a la deriva, perdida en medio del océano, a punto de hundirse a causa de un temporal. Lluvia torrencial, olas que rompen contra la proa, viento que no te deja pensar, marineros que se resbalan y se caen por la borda.

—¿Segura que estás sola?

—Sí.

—¿Y dónde estás viviendo?

—En las islas.

—¿Con quién?

—Con mi papá.

Marcelo respira hondo y toma fuerzas para mostrarle una foto suya de bebé. Aparecen tres personas saltando en una cama, congelados por el

tiempo; él en calzoncillos, muy joven, muy lindo, la Turka en camión, muy joven, muy linda, la supuesta Cloe en pañales, muy gordita muy linda. Muy ella... con rulos por todos lados y cara de alegría desbordada, siempre cerca de la Turka.

—Cloe te llamás. Te lo puso tu mamá —le dice. Y ella siente que se le viene una ola enorme encima. Escucha amplificadas las risas de la gente, el olor a grasa se vuelve más penetrante, los colores chillones de las paredes se expanden. Que la vuelvan a nombrar es un mazazo en el pecho.

—¿Vos lo conocés a Julián?

—¿Quién es Julián?

—Mi papá.

Él no responde, solo niega en silencio y se tapa la cara, y no entiende cómo puede ser capaz de soportar tanto tiempo esta situación ni por qué no la saca a la fuerza de ahí. Después de todo es su hija, ¿qué le impide hacerlo?, ¿tiene miedo de que reaccione mal?, ¿de que le armen otra cama para acusarlo de algo?, ¿o quiere sencillamente desprenderse de la conducta del apropiador?

Cloe va al baño una o dos veces más, está demasiado saturada de tanta información. Cuando vuelve, la señora de las hamburguesas viene a comprobar si está todo bien.

—Está todo bien —le confirma y al mismo tiempo que Marcelo se levanta para irse, justo

cuando lo ven a Brando al otro lado del vidrio. Pálido, con una campera de cuero que desentona con el clima y los gestos completamente desencajados. Grita algo detrás del vidrio que no se entiende y se acerca a la puerta. Marcelo lo mira sin pestañear y arrima a su hija a su pecho. El otro tiembla un poco, puro odio, y se queda con un pie adentro y otro afuera. Cloe apenas respira.

—¿Ya saben qué van a querer? —Una empleada adolescente los obliga a ubicarse en la fila y mantiene en suspenso su planilla de pedidos. Hay un silencio muy largo, muy tenso, muy incómodo hasta que finalmente Marcelo rompe el hielo.

—Dos cafés dobles— le dice, y sostiene la mirada incapaz de mirar a su enemigo.

Brando traga saliva. No puede responder, no entiende absolutamente nada.

—¿Y vos qué querés? —le pregunta la chica a la hija de la Turka. Ella no sabe qué pedir, lo mira a Brando para pedir su permiso, pero se da cuenta de que ya no tiene ningún peso lo que pueda decirle. Julián ya no es Julián. Es Brando. Su autoridad es otro barco a la deriva.

—Pedí lo que quieras —apura Marcelo y acompaña con la manito en el hombro.

—Una hamburguesa doble con queso, papas fritas y una Coca-Cola grande.

La empleada se va, los dos padres la miran,

los segundos siguientes se vuelven absurdos. No hay gritos, ni forcejeos, ni escándalos. No sucede lo que uno espera que suceda en una situación así, acostumbrados a ver tantas películas malas que persiguen escenas caóticas para enganchar al espectador. Son ellos tres y la espera de una cola en un McDonald's. Una situación tan ridícula que parece falsa y mal actuada. Una obra de teatro hecha por actores sin experiencia que no saben cómo continuar la escena y esperan que aparezca el director para poder comenzar de una vez por todas la función. No hablan, se mueven inquietos, calculan cada gesto.

Finalmente, les llega el turno en la caja. Cada uno paga lo suyo, Marcelo toma la bandeja y casi se le cae de los nervios. Cloe la ataja y logra salvarla, aunque cae café sobre sus manos y su remera. Encuentran una mesa libre en el sector fumadores, ese cubículo cerrado que parece una pecera, y se sientan en la única mesa libre con vista al puerto. Ella se ubica del lado de Brando, pero con el cuerpo hacia el brasileiro. Es la que mantiene el frágil equilibrio entre los machos.

—Ya está al tanto de todo —Marcelo le clava la vista.

—¿Qué decís?—responde atónito Brando.

—Vi las cartas del Floripondio, ¿me llamo Cloe?

—Son todas mentiras.

—¿Qué? —Marcelo empieza a levantar el tono de voz.

—Que son mentiras —insiste Brando, se incorpora y agarra la mano de Cloe. Ella se suelta de inmediato.

—Explicame, entonces—dice la hija de la Turka, pero Brando no sabe qué responder. Había imaginado que se lo encontraría en los fondos de la casa, o en el subte, o dándole una cuchillada por la noche, pero no ahí y teniendo que darle explicaciones a la Turkita. No es capaz de mantener una conversación en este estado.

—Comete la hamburguesa que se enfría —dice y baja las manos para tantear su arma. Marcelo le da un puntapié por debajo de la mesa.

—Subilas, Gonnella.

Cloe da un bocado bestial y apura la hamburguesa.

—Ya está. Ya la terminé. Explicame ahora —el pedido es casi un ruego.

—Volvamos a casa y te lo cuento bien.

—¿Por qué no acá? —Marcelo está a punto de reventar como un globo.

—Sí, ¿por qué no acá? —se suma Cloe.

—Porque con este señor acá presente, no podemos hablar —y cuando se intenta poner en pie, tiene que agarrarse de los hombros de la Turka para no desmayarse. Está pálido y tiene los ojos en-

rojecidos, sus piernas tiemblan.

—¿Estás bien?, ¿qué te pasa? —Marcelo se incorpora para impedirles la salida.

—Estoy mareado, vamos afuera.

—Es un segundo, ya volvemos —responde con la poca firmeza que puede tener en ese momento una niña, y sale. Marcelo los sigue, no les suelta la vista un segundo. Brando y Cloe se sientan en el cordón de la vereda del AutoMac, bajo la sombra de un árbol, y después de unos minutos de abanicarlo con la mano logra que se recupere. Le hace preguntas concretas: “¿Quién soy?, ¿Marcelo es mi papá? ¿Qué pasó con la Turka? ¿Por qué nos tenemos que ir de la isla?” Él no responde nada y solamente le pide perdón muchas veces todo el tiempo, como si fuera un castigo religioso: “No quería que fuera así, no quería que fuera así, no quería que fuera así”, y se larga a llorar. Cloe, de a poco, siente cómo empieza a desdibujarse la realidad. Pierde consciencia de su cuerpo, la visión se le pone borrosa, cada persona que pasa se vuelve un enemigo. Su padre deja de ser su padre.

El vigilante del local, un gordito de bigotes, les llama la atención y les recuerda que no pueden estar sentados ahí. Le piden disculpas, se ponen pie y caminan nuevamente hasta la entrada donde espera Marcelo. Vuelven al frío del aire acondicionado, al loop interminable de pedidos, gritos, grasa

y colores chillones. Los mismos personajes de la obra que no pueden o no se animan a resolver el conflicto. La misma empleada pusilánime que los encuentra nuevamente entorpeciendo las filas y los invita a pedir una hamburguesa sin notar que son los mismos de antes, aunque distintos. Marcelo la manda a la mierda, Brando la ignora, vuelven a la mesa, que ahora custodia Ayelén, que tiene las manos sucias y la mirada llena de culpa por haber devorado los restos de las hamburguesas.

—Te está esperando tu padre en el puerto — dice Brando, y ella mira a la Turka.

—No pasa nada.

—¿Segura?

—Sí, andá.

Ayelén toma un último trago de Coca-cola y sale sin saludar. Nunca se volverán a ver.

—Arreglemos esto entre nosotros, sin policía —dice Marcelo y ella lo mira ya con la vista nublada, los colores se alteran, las caras deformes—. Brando la mira sin mirarla. Está más viejo, más feo, más cansado. Empieza a hacerle preguntas que parecen llegar desde el fondo del río.

—¿Qué pasa hijita? ¿Te importan más un par de fotos que yo? ¿Y todos estos años que estuvimos juntos? ¿Te vas a ir y me vas a dejar solo? ¿Después de todo lo que te di? ¿Y la isla? ¿Y los días felices? ¿Y todo lo que construimos juntos? ¿Y tu

madre? ¿Y mi salud? ¿Y las noches?

Y, y, y... Marcelo ya no aguanta, la toma del brazo y se levanta. Lo mismo hace Brando. Ambos forcejean con ella y la lastiman. Se quedan parados unos segundos, tensos, insoportablemente tensos, y la gente empieza a darse cuenta de que algo pasa. Hay dos tipos raros, uno con campera de cuero en verano, el otro que parece borracho, y una nena sucia y despeinada que es tironeada por los dos. La presión en el ambiente se nota, el aire acondicionado ya no alcanza. Los dos machos levantan la voz, se amenazan, pelean por un trofeo que cada uno considera propio. La hija de la Turka logra desprenderse de ambos y se aleja unos pasos. Brando amaga con sacar el arma, Marcelo lo desarma, la pistola se cae. Se escucha un disparo que da en un vidrio, los cristales se rompen, lo que hay sobre las mesas cae al suelo. Dos niños vomitan, una ola amarillenta de carne triturada y papas fritas se estampan contra la pared del local.

En ese momento, aparece el vigilante desde la puerta y grita que suelten el arma, a pesar de que el arma está en el suelo. Ni Brando ni Marcelo se animan a levantarla. Están muy concentrados en la pelea que vienen posponiendo desde hace años. Quieren arrancarse la ropa, morderse, apretarse el cuello hasta asfixiarse. Dos lombrices en un receptor humano, deseando aniquilar al otro para se-

guir subsistiendo.

—¡Terminen con todo esto! —el vigilante insiste. Pero no se acerca, mantiene la distancia por precaución. La gente agachada abandona el local. Cloe se aleja aún más de ellos, sin poder reaccionar. Brando intenta agarrar el arma, pero Marcelo se mueve rápido y lo empuja con determinación contra la pared. Escucha como se vacía todo el aire de los pulmones por el golpe.

Se hace un silencio. Así lo quería tener, a su merced. Con una mano apretando el cuello y la otra a punto de destrozarle la cara. El hijo del comisario lo mira asustado. Demasiado pequeño, presa de las circunstancias. Marcelo levanta el puño para darle la trompada, pero percibe la mirada de Cloe en su nuca. Lo que él haga a partir de ahora puede tener consecuencias irremediables en el futuro. Fugazmente mira a su hija, que le hace no con la cabeza. Es un no al aire, a la vida, a la realidad que está viviendo, pero que siente dirigido hacia a él. Se da cuenta entonces de que no puede hacerlo. Se muere de ganas, pero no quiere convertirse en lo que odia. Hacerlo únicamente traería más dolor a su vida, más crueldad, más vacío. Relaja la mano y suelta a su presa. Los actores quedan congelados por un minuto a la espera del director.

Forman una fila de cuatro, el vigilante atrás de todo, Cloe en el medio, Marcelo, y por último

Brando, muy cerca de la puerta. Por unos segundos ninguno dice nada. Hay un ya está, ya está, de Marcelo, pero se escucha bajito, nadie lo oye. El seguridad se tranquiliza al ver bajar del patrullero a dos policías a pocos metros del local. Brando se aleja del brasilero y se acerca apenas a Cloe.

—¿Vamos a casa?—Es lo último que le dice, una frase sentida, nada forzada. Todo en el cuerpo, nada en el texto...

Ella no responde. Sigue tiesa, los pies anclados al suelo, la mirada en otro lugar, otro tiempo. Alguna especie de anzuelo parece que le atraviesa las cuerdas vocales porque no puede emitir sonido. Baja la mirada un momento y siente que su cuerpo empieza a crecer de repente. Las pantorrillas más hinchadas, sus brazos más fuertes, el torso más largo. El entorno se hace menos grande y desde esta nueva altura de mujer todo se ve igual aunque distinto. Hay otro aroma en el lugar, ya no a grasa y aceite, sino a flores y a algas de río. Pero a pesar de que el tiempo sigue avanzando, ella no podrá nunca responder, ni siquiera en recuerdos. No quiere decidir, ¿por qué habría de hacerlo? Nunca fue su responsabilidad resolver esta comedia, que lo hagan ellos. Solamente los mira, pero aunque el cuerpo le pida acción, no lo obedece. El guion dice que debe quedarse inmóvil, a la espera de los acontecimientos. Brando Gonnella le habla, pero ella

no logra entender lo que le dice, como si recitara en otra lengua. Gesticula y mueve las manos, con los ojos fuera de órbita, negándose a abandonar la escena.

Finalmente, los observa por última vez, hay un ruego, pero también un pedido de disculpas, y atraviesa el vidrio roto del McDonald's. Se clava varios vidrios al hacerlo, pero ni aquello ni la orden de alto de los oficiales, lo detienen. Sencillamente corre, corre y corre como una liebre que no desea ser devorada. Una liebre que no sabe dónde ir, ni qué hará de su vida en caso de salvarse. Una liebre que decide nunca más mirar hacia atrás.

